

Libre del servicio militar, afianzado mi trabajo en Standard y encontrándose huérfana mi novia, decidí casarme, lo que tuvo lugar, sin gran pompa, el 17 de septiembre de 1930. Muy poco después caía el general Primo de Rivera y se establecía el Gobierno Berenguer, uno de los encartados en el gran expediente de responsabilidades por el desastre de Annual y al que se le había concedido el título de conde de Xauen.

Aunque Berenguer trató tímidamente de mantener un proceso evolutivo, la Prensa se desbordó y los años en que Primo de Rivera estuvo en el poder fueron llamados los siete años indignos. Sólo se recordó lo negativo y pudo apreciarse cómo muchos de los políticos que tradicionalmente habían militado en la Monarquía, y en los que ésta se había apoyado hasta el golpe de Primo de Rivera, se pasaron al bando republicano o expresaban sus resentimientos con el Rey, a quien, más o menos explícitamente, acusaban de haber violado la Constitución.

Parecía que en España se había producido una explosión de republicanismo y, sin yo negar que, en efecto, este sentimiento se había extendido, estoy seguro de que la causa coadyuvante al progreso de los partidos republicanos se debía a que los monárquicos, faltos de fe, iban cediendo, una tras otra, todas sus trincheras. Se repetía el mismo fenómeno histórico en casi todos los procesos revolucionarios; cuenta más que la fuerza del que ataca la debilidad y falta de entusiasmo del que se defiende.

Así se fue caldeando el ambiente y se produjo un movimiento revolucionario en que, a mi entender, ninguno de sus directores tenía esperanzas de triunfar, terminando todo con el ingreso en la Cárcel Modelo de los principales promotores de aquel movimiento fracasado. La cárcel representó para ellos una aureola, y ésta se hizo más patente cuando el Rey encargó a Sánchez Guerra, uno de los jefes conservadores que habían repudiado la Dicta-

dura y hasta la actitud del Rey, formar una especie de Gobierno de reconciliación, del que se invitó a formar parte a los presos políticos. La visita de Sánchez Guerra a la Cárcel Modelo para ofrecer a los directores del movimiento revolucionario fracasado carteras ministeriales, a mi entender, marca, más que otros acontecimientos posteriores, el final de la Monarquía. Sencillamente para los españoles, ésta se había rendido.

Como dije antes, me casé el 17 de septiembre de 1930 y puede observar que todos los 17 de mes o mi mujer o yo caíamos enfermos, aunque de poca importancia. Reconozco que soy un poco supersticioso y que me tenía escamado esa coincidencia, de la que ni siquiera quería hablar con nadie. Cuando se aproximaba la fecha, empezaba a preocuparme y pensaba, con mi fantasía andaluza, en que algún agente exterior maléfico, por causas imposibles de adivinar, se cernía sobre nosotros. Sin poderlo remediar, yo sentía un escalofrío cuando veía a mi portera, viejecita apergaminada con cabeza de ofidio, que me recordó una impresión semejante sufrida durante mis frecuentes visitas al laboratorio de la Dirección General de Telecomunicación. Había en este laboratorio un auxiliar, alto, delgado, que parecía enroscarse continuamente y con una cabecita que me recordaba el conocido nombre de las bichas. ¿Cuál sería mi impresión cuando oí que le llamaban por su apellido y que ese apellido era el del ofidio que se comprende? Pues bien, un día 16 en que yo entraba en mi casa de Zurbano, con la preocupación lógica del carácter de víspera que tenía el 16, por el ventanuco de la portería se asomó aquella viejecilla y, con una voccecita silbante, me dijo: «Veremos a ver quién de ustedes dos se pone enfermo mañana». Me quedé helado; aquella bruja, injertada en bicha, se había dado cuenta y no me cupo la menor duda de que era la culpable de nuestras enfermedades mensuales. No lo pensé más; dos días después nos habíamos mudado de casa y gracias a Dios se terminó el maleficio.

El Gobierno, que era del almirante Aznar, convocó elecciones municipales, que siempre, en todas partes, han tenido un carácter administrativo. Aquella vez, los partidos republicanos y socialistas tuvieron la habilidad de

darle matiz totalmente político, carácter de plebiscito, y la Prensa toda, incluyendo los monárquicos, con gran torpeza les siguieron el juego.

La campaña electoral fue verdaderamente apasionada; unos taxis llevaban en la parte posterior un pasquín en que se invitaba a votar la candidatura republicana socialista. Los primeros taxis con esta propaganda fueron aplaudidos, con lo que, poco a poco, fueron aumentando el número de ellos, hasta que prácticamente la totalidad no sólo exhibían la invitación, sino que lanzaban a la calle candidaturas que eran recibidas con grandes ovaciones.

Llegó el 12 de abril y, cuando fui a votar por los republicanos, me di cuenta de que el triunfo sería arrollador. Madrid padecía una borrachera de entusiasmo y, junto a la clase obrera, una gran parte de la clase media votamos contra la Monarquía.

Resultados parecidos a los de Madrid se obtuvieron en el resto de las capitales de provincias, aunque en realidad al contar los pueblos el número total de concejales y votos conseguidos por los monárquicos fueron superiores al de los republicanos.

¡Pero las capitales eran las capitales! El impacto que el resultado de las elecciones produjo en todos los estamentos de la nación fue enorme; la autoridad, que ya estaba relajada, se tambaleó, y una atmósfera de derrota y de desaliento que se apoderó de los monárquicos llegó a escalar las gradas del Trono. La marejada de la calle parecía incontenible, entre otras razones porque nadie intentaba contenerla. Las manifestaciones se sucedían y algunos guardias, al grito de «¡Viva la República!», lanzaban sus cascos al aire. De pronto, pasada la mañana del 14 de abril, empezó a extenderse una noticia que parecía inverosímil: en el Palacio de Comunicaciones se había izado una bandera republicana. ¿Qué organismo, más o menos, responsable mandó izarla? Ninguno; la bandera del Palacio de Comunicaciones la pusieron unos funcionarios modestos y nadie la quitó ni se opuso a ello. Aquella bandera fue el detonante.

El llamado Gobierno revolucionario, cuyos componentes ya habían salido de la cárcel y estaban reunidos en la casa de Miguel Maura a incitación de éste, se dirigieron

a la Puerta del Sol para tomar posesión del Ministerio de la Gobernación. Se abrieron paso entre la multitud enardecida, golpearon la puerta cerrada del Ministerio y, después de unos minutos del máximo «suspense», vieron abrirse las puertas y que el director de la Guardia Civil, general Sanjurjo, se ponía a sus órdenes. Todo estaba consumado. Se asomaron al balcón central del Ministerio y, con una bandera republicana, escucharon los clamorosos vivas a la República.

Fui por mi mujer, que por cierto estaba en estado, porque quería, paseando por entre la multitud que llenaba las calles céntricas, respirar aquella atmósfera de júbilo popular que marcaba un día verdaderamente histórico y de los mayores interrogantes para España. Se oían a algunos porteros gritar entusiasmados: «Estamos dando al mundo un ejemplo de civismo como no se ha visto en ninguna parte. ¡Sin un incidente, sin una gota de sangre, hemos conseguido la República!». La mayoría, casi marcando el paso, cantaban la «Marsellesa», mientras otros resucitaron el himno de Riego. Yo participaba de aquel entusiasmo y hasta gozaba de aquella atmósfera carnavalesca que iba prevaleciendo. Mi mujer, en cambio, me pidió volver a casa, pues aquellas voces y aquellas expresiones, demasiado populares, no iban ni con sus ideas, ni con sus maneras de ser. Los tranvías habían sido tomados por masas de muchachos y muchachas que, desde sus techos y en racimos, enarbolaban banderas republicanas.

Todo lo demás, conciliábulos en Palacio, ofrecimientos a Don Alfonso, consejos contradictorios y decisión final del Rey, pertenece a conocidos capítulos de nuestra historia y no tiene cabida en estas Memorias.

El Departamento Comercial de Standard se había trasladado a un amplio piso de Concepción Arenal, próximo a la Gran Vía. Naturalmente, allí nos encontrábamos más independientes y mejor comunicados con nuestras casas respectivas. Y fue desde allí, cuando sólo había pasado un mes de los venturosos acontecimientos a que me he referido, cuando vimos columnas de humo y los rumores confirmados de que estaban quemando un célebre convento de jesuitas de la Gran Vía.

Salimos a la calle y, mientras llegaban a nuestros oídos las noticias de que los incendios se multiplicaban, pudimos observar lo que ocurría en el convento de los jesuitas. Parecía imposible de creer: unos cuantos golfos, en su mayoría jovencillos, con latas de gasolina procedían a animar el incendio, mientras la fuerza pública los contemplaba impasible y sólo se preocupaba de que no hubiera aglomeraciones en las aceras. En definitiva, daba la impresión de que estaba allí para que el incendio se llevara a cabo de manera ordenada. Volvimos a la oficina y por radio escuchamos al ministro de la Gobernación, que de manera enérgica condenaba aquellos incendios, invitaba al orden, amenazaba...

¡Qué ridículas me han parecido desde entonces todas las condenas y repulsas de los Gobiernos ante un crimen o una alteración delictiva del orden público! La Prensa, en grandes titulares, suele escribir como algo importante y trascendente: «El Gobierno, ante crimen inexcusable, expresa su más enérgica repulsa». ¡Pobre Gobierno el que no considera que la repulsa es tan obligada y lógica que no hay que expresarla! Los Gobiernos no se eligen para que condenen con palabras enérgicas los desmanes, sino para evitarlos y corregirlos, si es que sienten la dignidad del poder. Estoy seguro que hubieran bastado unos tiros al aire de los guardias de Seguridad que contemplaban los incendios para que aquella gentecilla de incendiarios se hubiera dispersado. En vez de órdenes serenas, pero tajantes, los miembros del Gobierno ¡pedían, pedían! orden y no se daban cuenta que al mendigar el orden perdían toda su autoridad y hundían la República.

A todo esto, la Puerta del Sol rebosaba efervescencia, con espontáneos montados en una farola, desde donde achacaban a los «buenos pañales en que se había criado» Miguel Maura, ministro de la Gobernación, «las provocaciones» de las derechas, que, al no acatar la República del honrado pueblo, habían dado lugar a su justa indignación. Empleo exactamente las mismas palabras que oí en aquella mañana, que tanta amargura me produjo.

Mis ideas republicano-socialistas eran tan firmes que encajé el golpe y otra vez recobré mi entusiasmo al presenciar la apertura de las Cortes Constituyentes, de matiz

netamente izquierdista y en la que Alcalá Zamora pronunció un elocuentísimo discurso. El socialista Basteiro, que tenía todas mis simpatías, presidió aquellas Cortes con una ecuanimidad que todos le reconocieron. ¡Lástima de tiempo que se perdió en aquellas Cortes y lástima, en definitiva, de todo el tiempo que perdió el Gobierno! Pudo, como Gobierno provisional, gobernar por decreto y atacar los problemas fundamentales del país cuando contaba con el apoyo del pueblo y cuando sabía las esperanzas y confianza que en él se habían depositado. En vez de ello, los hombres del Gobierno y los diputados de la mayoría dieron el espectáculo de unas Cortes en las que, en general, sólo los temas de tipo demagógico eran abordados con entusiasmo.

A veces, el hemiciclo parecía la sede de torneos oratorios, en los que cada partido, o cada diputado, no tenía más interés que demostrar que estaba más a la izquierda que los otros.

¿Podía concebirse nada más grotesco que la larga discusión en que se empeñaron hombres de la intelectualidad de Jiménez Asúa para aprobar que la República tenía que llamarse «República de trabajadores de todas clases»?

Siempre que un Gobierno o una corporación empieza dándole importancia a las denominaciones, desconfío de la eficacia de su gestión.

No escarmentamos con el recuerdo de la célebre Constitución de 1812, que nunca llegó a aplicarse; teníamos que fraguar otra Constitución sectaria que gran parte del pueblo repudiaba.

¡Qué afán entonces, y siempre, en intentar atraerse la masa obrera adulándola estúpidamente! El nombre de República de trabajadores, aunque se quiso suavizar con lo de «todas clases», en realidad sólo representaba el deseo de congraciarse con los obreros, a los que creo hay que respetar y considerar, pero no supervalorar, porque ser obrero no representa ningún mérito especial.

Observarán ustedes que esta política de adulación y exaltación de los obreros se sigue practicando con la ilusión, casi siempre fallida, de atraérselos. No hace mucho escuché a un capitán general al dirigirse a un auditorio

heterogéneo; dijo: «... y señores obreros; ¡sí, señores obreros!». No comprendía el orador que poner énfasis en lo de señores obreros representaba más una ofensa que una consideración. Hablar en el tono referido representaba una discriminación que no tenía por qué hacerse, y creo francamente que llamar a todos señores hubiera sido lo más justo y correcto.

Señores, al obrero hay que rodearle de toda la dignidad que merece, ¡pero, por Dios, no le adulen tanto!

Todas las estupideces, todos los errores de la República, me indignaban y me defraudaban; iban haciendo mella en mi conciencia, pero ésta estaba tan llena de pasión y de fe que aparentemente seguía lo mismo y ante los detractores del nuevo régimen seguía adoptando la misma postura firme de siempre.

Mi primera intervención pública tuvo lugar con motivo de una reunión del personal de Standard en el teatro Maravillas, que al parecer había sido convocada por elementos de la U. G. T. y de la C. N. T.

Se sucedían los oradores, que, de manera vaga y con muchos circunloquios, nos recomendaban incorporarnos a una de las dos grandes centrales sindicales. Algunos nos aburrían relatándonos sus épocas heroicas en la organización anarquista ibérica y otros insistían en el papel que habían jugado en el período agitado de la lucha social en Barcelona. Se veía con claridad que los más activos y numerosos que habían acudido eran los que pretendían que, por una votación sorpresa, los productores de Standard se inscribieran en la C. N. T. Me levanté a hablar y, francamente, no recuerdo lo que dije. Lo cierto es que me vi sorprendido por una ovación ensordecedora y por un grupo que, cogiéndome en volandas, me llevó al estrado y exigió que yo ocupara la presidencia. En mi vida me había visto en otra; quise ordenar los debates y, cuando creía que un punto estaba discutido, negaba la palabra; pero me encontré con algo que desconocía: «¡Pido la palabra para una cuestión de orden!». Consultaba con los que me acompañaban en la mesa presidencial y éstos aseguraban que para una cuestión de orden no había más remedio que conceder la palabra. Yo no veía la cuestión de orden por ninguna parte; pero a estas peticiones se

sumaban las de «¡Pido la palabra para una cuestión incidental!». En fin, lo único que conseguí fue lo que pretendía, esto es, que no nos incorporaran a la C. N. T., como estaba tramado. Pero se armó tal escándalo que el delegado de la autoridad tuvo que suspender el acto, con lo que me sentí liberado.

Después de esta reunión, un grupo numeroso, entre los que yo me encontraba, quisimos formar parte del Sindicato del Metal. El baluarte perteneciente a la U. G. T. Como tenía mucha curiosidad, asistí a varias reuniones del referido Sindicato en la Casa del Pueblo. Este nombre siempre me había atraído, y por eso acudí a la Central que apoyaba al partido socialista con verdadero entusiasmo.

Yo no quería confesarme a mí mismo que aquellas reuniones me defraudaron; pero si he de ser sincero tengo que declararlo. El tiempo transcurría en discusiones a veces violentas, pero sobre temas anodinos y rutinarios. Sobre la mesa a la que se sentaban el presidente y dos vocales estaba colocada una jarra de agua y un vaso. De pronto, el presidente interrumpía el ejercicio de su función para beber agua, y como si esto hubiera sido una señal, primero, los vocales y, después, gran número de los asistentes al acto iban desfilando para beber en el mismo vaso. Se notaba un relajamiento, las discusiones se desarrollaban con más cordialidad y todo parecía indicar que fue el intercambio de saliva, a través de aquel vaso, lo que había acercado las opiniones y serenado los ánimos. Yo, siempre tan iluso, había acudido a la Casa del Pueblo creyendo asistir a una reunión en la que se tratarían temas de envergadura o en íntima relación con el momento social que se estaba viviendo. Nada de nada; aquello me pareció una asamblea de administrativos que discutían con acaloramiento temas administrativos.

No obstante las frustraciones y desengaños que iba experimentando al calor de las discusiones con los derechistas, fue naciendo en mí el deseo de confirmar mi inclinación política afiliándome al partido socialista, algunos de cuyos dirigentes, como Besteiro, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos, gozaban de toda mi admiración. Oí a Besteiro en la Casa del Pueblo, y desde entonces le reputé como hombre sencillo, extraordinariamente hones-

to, sin ninguna concesión a la demagogia y empeñado en obtener, sin correr peligrosas aventuras, una social-democracia impregnada de humanismo.

Al llegar aquellas célebres elecciones en que sufrieron una gran derrota las izquierdas, tras la inteligente e intensa propaganda desplegada por Gil Robles, que consiguió poner en pie unas derechas que parecían dormidas y sin esperanzas, fui apoderado por el partido socialista, siendo mi misión la de visitar una serie de colegios electorales que se me habían asignado, en los que velaría por los intereses de los candidatos socialistas y, en su caso, podía consignar protestas formuladas por cualquier quebrantamiento de la legalidad electoral.

Cuando visitaba uno de aquellos colegios, me requirieron dos propagandistas del partido para que estuviera preparado a defender el derecho al voto de una mujeruca que les acompañaba. Aquella votante, de pañuelo negro a la cabeza anudado al cuello, cara arrugada e impenetrable, y una mueca de cinismo y presunción, vino a decirme que había conseguido votar cuatro veces por la candidatura socialista, tras algunas discusiones y protestas la última vez, y quería que alguien que supiera explicarse y confundir a los de la mesa le ayudara para votar la quinta vez. Yo me indigné con sus acompañantes y les estuve hablando de la pureza en el juego electoral que pregonaba el partido socialista en todo incompatible con aquel proceder, que era inadmisibile. Me miraron como se mira a un pobre tonto, y mientras la mujeruca ensayaba una mueca burlona y despectiva, sólo uno de ellos tuvo la atención de hablarme: «¡Pero camarada!, si eso lo hacen todos los partidos». Me fui a mi casa amargado y rumiando la posibilidad de dejar el partido socialista; pero no lo dejé.

Con el triunfo de la CEDA, su jefe, Gil Robles, formó parte del Gobierno presidido por don Alejandro Lerroux, ocupando la cartera de Guerra.

Sabido es que don Alejandro Lerroux, antiguo jefe de los jóvenes bárbaros, que parece tuvo intervención al menos indirecta en la semana trágica de Barcelona, que apoyado por los anarquistas de Cataluña pidió al popu-

lacho que entrara en los conventos para elevar a las «hermanas» a la categoría de madres, era ya un hombre moderado, conservador y con un partido en el que se cebaba la maledicencia pública.

No había inmoralidad más o menos cierta que, comentada en las tertulias madrileñas, no fuera achacada a los ministros de Lerroux o a don Alejandro mismo.

Uno de los cientos de cuentecillos que corrían por aquella época era de este estilo: Gil Robles había ido a visitar a Lerroux en la Presidencia, y cuando se retiraba, volvió para decir desolado que le había desaparecido un reloj por el que tenía mucho aprecio. No se explicaba cómo había podido perderlo, porque no recordaba haberlo sacado del bolsillo durante su entrevista con el jefe del Gobierno. «No se preocupe —le aseguró don Alejandro—, yo le aseguro que lo recobrará en seguida, váyase tranquilo.» Se marchó Gil Robles, y Lerroux, después de murmurar en tono de reconvención, «este Emiliano... este Emiliano», mandó a un ordenanza que buscara a una de las figuras del partido radical llamado Emiliano Iglesias. Al llegar éste, se desarrolló la entrevista de esta manera: «¡Parece mentira, Emiliano, que le hayas quitado el reloj al ministro de la Guerra y jefe de la minoría parlamentaria más numerosa!». «¿Yo? Le juro, don Alejandro...» «Déjate de tonterías y dame el reloj ahora mismo.» «Por Dios, don Alejandro, yo le aseguro...» «¡Venga! ¡Venga, sin discusión!» Emiliano le entrega el reloj y al verlo Lerroux dice: «¡Estupendo reloj! ¡Ah, pues me lo quedo!».

Esto no era más que una muestra de las historias con que el pueblo madrileño se cebaba sin compasión en el partido radical y todos sus hombres representativos.

Yo vivía en Rafael Calvo, donde Vicente, nuestro portero, era el tipo característico de las películas americanas en las que aparece siempre un hombre tosco, mal encarado y milagrosamente siempre con barba de tres días. Vicente era entusiasta de la república, pero no estaba de acuerdo con su rumbo. «Mire usted —me decía—, yo sólo quisiera que me dejaran media hora de mando,

sólo media hora. En media hora me enteraba de todo lo que entra y sale en España; y a mí no me venían con cuentos, que yo gastarí a poca cháchara y al que se saliera del plato, ¡pues eso! Usted ya me entiende, colgao y a otra cosa y el que juntara una peseta de más, si no era con el debido permiso, pues al paredón también; aquí lo que hay es mucho hijo de tal; pero a mí, en el sentido que corresponde, a cabrón no hay quien me gane, y con buenos escarmientos yo enderezaría a *to* el que se retuerce. Y no, no quiero decir más porque me parece que *to* está dicho.»

Pues no estaba dicho todo porque, quien definía la república con menos palabras pero de manera más contundente era una hija del portero, de unos doce años, pecosa y con la cabeza muy abultada, que decía en el patio: «Ahora con la república o *tos to o tos na*», y la verdad era que aunque me pesaba reconocerlo, era la segunda alternativa que formulaba la definidora de nuestro régimen la que iba imponiéndose.

Las izquierdas españolas no podían consentir que el poder, perdido por sus innumerables torpezas, hubiera ido a parar a manos de los que consideraba enemigos del régimen en «vergonzoso contubernio» con los republicanos desprestigiados de Lerroux. La democracia, la defensa a ultranza del veredicto del voto popular, son principios indiscutibles que se aceptan cuando juegan a nuestro favor, pero cuando se traducen en algo que favorece a los de enfrente entonces nos ciscamos en esos principios, decimos que se ha traicionado la revolución (¿hubo revolución?) y que estamos en el deber de resucitarla acudiendo a medios violentos. «¡La reacción está en el poder, hay que derribarla!» Este era más o menos el grito que en mítines, Prensa y hasta en desfiles callejeros entonaban socialistas, comunistas y republicanos de izquierda, formando un bloque al parecer compacto.

Me extrañó la actitud extremadamente radical de Largo Caballero y sobre todo su agresividad contra Alcalá Zamora, al que denigraba en todos sus discursos con verdadera saña, culpándole de haber entregado el poder

a las fuerzas reaccionarias. Era de todos conocido que Largo Caballero se había distinguido siempre por su espíritu realista y a veces acomodaticio, como demostró durante la dictadura de Primo de Rivera, y en lo que se refiere a don Niceto, se decía que entre éste y el ex ministro socialista se habían establecido relaciones de amistad personal desde que estuvieron juntos en la Cárcel Modelo. Esta amistad continuó acentuándose en el seno del Gobierno, y de pronto don Niceto Alcalá Zamora, denigrado por el jefe socialista, al que se llamaba el Lenin español, sólo recibía de sus antiguos amigos el despectivo nombre de «El Botas». ¡Abajo el «Botas»!, gritaban en todos los mítines socialistas, y era curioso que ese nombre fuera aceptado con el mayor gusto por las derechas, que tampoco veían con agrado la actuación del presidente de la República.

Se prodigaban los mítines de Largo Caballero, así como los de Indalecio Prieto, y yo me explicaba el entusiasmo que este último despertaba en las multitudes, pero no tanto el éxito del primero. Indalecio Prieto, hombre de un enorme talento natural, era un genuino orador de mítines y sus ademanes y su voz cálida, sus arrebatadoras arengas y sus palabras incendiarias, cuando quería, prendían verdadero fuego en sus oyentes, a los que infundía un entusiasmo incontenible.

Largo Caballero hablaba fríamente, era parco de gestos, su voz era opaca y su acento monocorde, y sin embargo, como decía cosas que su gente esperaba y había llegado a una perfecta vulgarización de la doctrina marxista, conseguía también las cálidas ovaciones de su público, que lo exaltaba como el Lenin español.

Entre los oradores que le acompañaban en sus mítines por ámbito nacional, figuraba una mujer de extraordinaria garra: Margarita Nelken, que llegó a alcanzar una gran popularidad.

Como en aquella época no se estaba acostumbrado a ver una mujer tomando parte tan activa en política, uno de los blancos de las críticas y burlas de las derechas se concentraban en Margarita.

Según una de las anécdotas, que las derechas referían,

o más bien inventaban, sobre la oradora socialista, ésta hablaba en un pueblo de Badajoz más o menos en estos términos: «Muy importantes son las consignas revolucionarias de tipo político y social que venimos a sembrar en estas tierras extremeñas; pero yo, como mujer, me he de dirigir especialmente a las mujeres para decirles lo fundamental que es en la vida rendir un completo culto al amor; éste tiene una intervención acusada en las características de nuestros hijos, que son más saludables de cuerpo y espíritu cuando son hijos del verdadero amor, no de ese amor convencional que practica la burguesía reaccionaria. Yo he de decir que tengo tres hijos, los tres de padres diferentes... puedo llamarlos con orgullo ¡hijos del amor!». Uno de los oyentes apuntó: «Nosotros, en este pueblo... ¡les llamábamos hijos de puta!».

El ambiente estaba cada vez más cargado, y desde «El Socialista» se predicaba y anunciaba con toda franqueza la revolución; y ésta llegó. Fue en octubre de 1934, y por lo que se refiere a Madrid, tuvimos huelga general y unos tiroteos que partían desde algunas azoteas y ventanas. En Barcelona se declaró la República Catalana Independiente, y el presidente de la Generalidad hizo un llamamiento al Somatén para que defendiera el nuevo estado catalán. El movimiento de Cataluña duró unas horas, y tanto la Generalidad como el Somatén que no tomó decisión alguna, cayeron en el más completo de los ridículos.

Donde el movimiento revolucionario tuvo verdadera importancia fue en Asturias. Allí los mineros, con cartuchos de dinamita, en cuyo manejo eran muy diestros, y bastante armamento, llegaron a cometer los mayores desafueros, con crímenes repugnantes y dominaron Oviedo durante unos días.

Yo seguí con ansiedad el movimiento, al que por lo ocurrido en Madrid y Barcelona lo di por fracasado, a pesar de que un amigo de mi portero Vicente me facilitaba unas hojas clandestinas cuyo contenido era de lo más pintoresco. Se decía que un regimiento de caballería al mando de Margarita Nilken, y al que se iban uniendo

otras fuerzas militares, se estaban acercando a Madrid.

De lo ocurrido en Asturias sólo nos llegaban informaciones vagas y deformadas, y fue después de que las fuerzas del ejército dominaron la situación cuando pudimos apreciar todos los actos de violencia vandálica a la que los mineros dirigidos por el socialista Peña se habían entregado en la región asturiana.

De todos los impactos de tipo moral que había ido recibiendo desde que me afilié al partido socialista, fue éste el más profundo y recuerdo que, durante más de un mes, noté unos síntomas de tipo nervioso con intensos mareos e insomnios, que me obligaron a prescindir de toda actividad por consejo médico. Las fotografías que publicaban los periódicos de derecha, eran tan repugnantes y revelaban una crueldad tan salvaje, que su recuerdo me perseguía día y noche. Un socialista había dirigido aquella salvajada, y yo, como socialista, me sentía en cierto modo responsable.

¿Dejé el partido? He de confesar un poco avergonzado que poco a poco fui considerando lo de Asturias como algo accidental, que en nada atentaba a los principios del socialismo sano, con los que yo comulgaba, y que creía compartían otros muchos miembros del partido. ¡Qué difícil es abandonar una postura cuando se es joven, y aquélla responde a unas ideas, sentidas tan apasionadamente que rayan en el fanatismo!

Pasado algún tiempo, un compañero de Standard, también socialista, me propuso que fuéramos a la Cárcel Modelo a visitar a Largo Caballero, detenido por su participación destacada en el movimiento revolucionario de octubre. Fuimos a verlo, y tras una reja, hablé por única vez con el jefe socialista.

Iba desgranando sus palabras que ninguna tenía desperdicio, y hay que reconocer que era de una claridad meridiana, sin hacer la menor concesión a los políticos de izquierda que no comulgaban cien por cien con sus ideas.

«¿Qué quieren los de Azaña, una república de ellos? Pues que la ensayen. ¿Que no tienen fuerza en el país y que necesitan a los socialistas? Pues que nos dejen a

los socialistas llevar la República a nuestro gusto. Es muy cómodo dirigir ellos el cotarro y tener que ser nosotros los que lo mantenemos. El partido pierde cuando tiene que amoldarse a una manera de gobernar que no es la suya y yo no estoy dispuesto a seguir esa camino.» Junto a Largo Caballero estaba De Francisco, que asentía a todo y oía y miraba a su compañero de celda con verdadera admiración.

Yo no sólo atendía a Largo Caballero, sino que observaba con curiosidad a una pareja de novios que estaba junto a la reja y, sin saber por qué, me dio la impresión de que tenía alguna relación familiar con el preso. Pregunté a mi amigo y me informó que se trataba de la hija de Largo Caballero y su novio, hijo de Alcalá Zamora.

Pensé en aquel encuentro y urdí una teoría que posiblemente no tiene fundamento, porque nadie ha establecido hipótesis alguna que pudiera tener relación con mis ideas. Me atrevo a exponerla, porque soy un furibundo creyente en los pequeños incidentes como causantes de acontecimientos históricos importantes. Allí estaba «el pequeño incidente»; el noviazgo de un hijo del señor don Niceto Alcalá Zamora, antiguo señor de su pueblo, de familia siempre distinguida, con la hija de un antiguo estuquista.

Vuelvo a la amistad estrecha que salvando las diferencias políticas unió a Largo Caballero con Alcalá Zamora. De pronto, el jefe socialista centra todos sus rencores y sus críticas más acerbas en don Niceto; ¿qué había ocurrido? Las diferencias políticas eran conocidas, la amistad no se estableció sólo en la cárcel; continuó más acentuada en el seno del Gobierno. En la agresividad de Largo Caballero se notaba algo personal, muy personal, ¿por qué no buscar las causas por otros motivos? He aquí mi teoría: el hijo de don Niceto establece relaciones amorosas con la hija de Largo Caballero, y la distinguida familia andaluza que aceptaba una amistad por encima de diferencias políticas y religiosas, no acepta de ninguna manera emparentar de modo tan estrecho con «aquella gente». No se olvide que estos remilgos, estos escrúpulos, nos pueden parecer ahora ridículos, pero

en 1934 las cosas eran de muy distinta manera, y las reacciones aparentemente más absurdas se producían y se sostenían con una firmeza dignas de mejor causa.

¿Saben ustedes lo que sería para Largo Caballero que la familia de Alcalá Zamora, a la que consideraba tan amiga, rechazara a su hija? El hombre que empezó siendo casi un muchacho protegido por Pablo Iglesias, fue escalando gracias a su talento y laboriosidad todos los puestos de la U. G. T. y del partido socialista hasta ser diputado, ministro y uno de los jefes de más prestigio de un partido de tanta influencia en la vida política española, que en su casa estaba rodeado de una aureola de semidiós, ¿cómo iba a reaccionar viendo a su hija, ¡a la hija de Largo Caballero!, repudiada por don Niceto? Toda su vida proletaria, curtida en mil luchas, fracasos y triunfos, persecuciones y hasta encarcelamientos, pareció resurgir vitalizada empujándole a golpear sin piedad, con el poder conseguido, a quien había osado despreciar a un miembro tan íntimo de la familia, que tanto le admiraba y tanto en él confiaba.

Si esta teoría, cuyos fundamentos desearía investigaran personas con más conocimiento de las circunstancias que concurrieron en el noviazgo, fuese cierta, resultaría que los amores de unos jóvenes tuvieron una extraordinaria influencia en el desarrollo de la política española que desembocó en los tristes acontecimientos por todos conocidos.

Como observarán, tengo en esta narración casi en olvido lo que para mí tenía cada vez más valor e importancia: mi familia. Al año aproximado de casarme tuve mi primer hijo, y la alegría que experimenté sólo he podido compararla con la ilusión que me produjo el primer nieto.

Todo lo familiar me ha afectado y me afecta muchísimo, pero los momentos cumbres de mi vida siguen siendo mi primer hijo y mi primer nieto.

La llegada de mi primogénito coincidió con la actividad quizá más intensa que he desplegado en mi vida. La infección de un pecho de mi mujer la tuvo con fiebre altísima durante cuarenta días, y aunque tuve la ayuda

inestimable de mi querida cuñada María Teresa, hube de pasarme casi todas las noches descansando a ratos en un sillón, levantándome tempranísimo, acudiendo a la oficina, y al salir, durante los ratos que de día y de noche robaba a las atenciones familiares, preparar mis oposiciones a una cátedra de mi Escuela de Ingenieros. Fue un trabajo y una tensión agotadores que no comprendo cómo pude soportar. Al fin se celebraron las oposiciones, obtuve la cátedra por unanimidad y simultanéé mis obligaciones en Standard con las clases diarias que impartía en la Escuela.

Con las dos ocupaciones aumentaron mis ingresos; pero, naturalmente, mi tiempo libre había prácticamente desaparecido.

En la Escuela, aunque tenía el respeto de mis alumnos y el afecto de la mayoría de los profesores, tuve que sufrir la hostilidad del director, hombre muy de la C. E. D. A., que no me perdonaba mi filiación socialista. Llegaba su fobia a extremos verdaderamente inadmisibles, pues acostumbrada, al referirse a mí ante los ordenanzas, llamarme enchufista, apelativo éste con que las derechas habían zaherido en el anterior Gobierno a muchos socialistas acusados de disfrutar de varios cargos. Dado el trabajo que tenía que desarrollar, yo creo que padecía y no disfrutaba de los dos cargos, que, naturalmente, ninguno tenía nada que ver con la política.

Parece que, quizá por la tensión nerviosa en que vivía en la época que me refiero, tenía bastante mala cara y el director de la Escuela al preguntar por mí a un ordenanza se expresaba en estos términos: «¿Está en clase el enchufista, ese cadáver insepulto...?». Seguramente él quedaría satisfecho al escuchar la risa servil con que el ordenanza acogía aquella expresión de odio del partidismo político que, saltando del parlamento y de la calle invadía hasta un centro de enseñanza superior.

Yo conocía esas lindezas del director; no voy a decir que no me importaban, pero la verdad es que me producían una sensación de superioridad espiritual de la que me sentía orgulloso.

Volviendo un poco a la política, cuyo desarrollo se-

guía tan de cerca, el Gobierno en el que colaboraban radicales y la C.E.D.A., a pesar de la reacción condenatoria del movimiento revolucionario de octubre, que lógicamente había de traducirse en un aumento del favor popular, iba languideciendo asfixiado por historias y relatos de mil inmoralidades ciertas o inventadas.

Tuvo la mala suerte de que saltara al chismorreo público una palabra que hizo un tremendo impacto, hasta el punto de que con acepciones diferentes se ha seguido usando durante muchos años: «estraperlo».

Se decía que un extranjero había conseguido, apoyado por un hijo adoptivo de Lerroux, y mediante una subvención, el permiso para explotar un juego con una especie de ruleta llamada estraperlo. La verdad es que tal juego no llegó a explotarse; pero la historia del *affaire* quedaba allí y fue explotada y comentada como nunca. Yo creo que el Gobierno de derechas no pensó nunca que los crímenes de Asturias iban a causar en la opinión pública mucho menos efecto que el relato de latrocinios e inmoralidades que el pueblo creía a pies juntillas, y que no perdonaba porque... ¡el pueblo es fundamentalmente envidioso! La masa ante un crimen se impresiona, pero lo olvida. Lo que no olvida ni perdona es que una autoridad se aproveche de su posición para hacer negocios sucios. En realidad, esa masa siempre sospecha que los hombres del gobierno se aprovechan de sus puestos para enriquecerse, lo que en España casi nunca ha sido cierto, y así, cuando la para ellos sospecha se ha convertido en una realidad, su satisfacción y su ira no tienen límites. Si se tiene en cuenta que en la campaña difamatoria tomaron con torpeza parte, el conjunto de las derechas no incluidas en el Gobierno, a nadie extrañará que aquella coalición Lerroux-Gil Robles, que no pasó a la Historia por la derrota de los movimientos subversivos de Asturias y Cataluña, sino por algo tan extraño como la palabra «estraperlo», cayera en medio del desencanto o indiferencia de unos y la satisfacción y esperanza revanchista de los demás.

Alcalá Zamora entregó el poder a Portela, político de poco prestigio, con ánimo de conseguir en las próxi-

mas elecciones una fuerte fuerza centrista. Cometió la torpeza de creer que los partidos centristas se hacen, sin entender algo tan sencillo como esto: el centro es sólo la zona de convergencia de los partidos de izquierda con los de derecha debido a los inevitables matices que en ellos existen.

En las elecciones del 36 se unieron en un frente único las izquierdas, incluyendo socialistas y comunistas. En las derechas, la unión fue menos firme y el único que realizó una campaña que por su dinamismo trepidante podía compararse con la del llamado frente popular, fue el partido de la C.E.D.A., cuyo jefe, Gil Robles, se multiplicó como nunca, exaltando a sus huestes y simpatizantes con los slogans: «¡El jefe no se equivoca!». «¡A por los 300!» (haciendo referencia al número de diputados que pensaba obtener).

Derechas e izquierdas se combatieron como nunca; todas las paredes de Madrid estaban llenas de propagandas opuestas; los periódicos, los mítines y la radio nos bombardeaban con programas, dicterios y consignas; hombres, mujeres y hasta mozalbetes protagonizaban espectáculos en los que la pasión y la agresividad demostraban hasta qué grado existía una división insalvable entre los dos grandes grupos en que se dividían los españoles.

Triunfó el frente popular y el entusiasmo y el desenfreno de las masas populares fue incontenible. Fue Azaña encargado de formar Gobierno, después de la dimisión de Portela y antes de la proclamación oficial de los diputados elegidos, y, en vez de esperar el pueblo que se decretara la amnistía, asaltó las cárceles y puso todos los presos en libertad. Nació el gobierno del frente popular bajo el signo de la violencia.

Me vi sorprendido una mañana al entrar en la escuela con la noticia de que en el *Boletín Oficial de Telégrafos* aparecía yo nombrado jefe de estudios, y tanto el director como el que ocupaba aquel cargo, ambos de la C.E.D.A., habían sido destituidos; quedé avergonzado.

En realidad, el nuevo ministro de Comunicaciones consideró que yo era el hombre fuerte más representa-

tivo del frente popular en la escuela y, aunque el cargo de director fue asignado a otro, debido a mis ocupaciones en Standard, esperaban de mí todo el giro izquierdista que se deseaba en aquel centro de enseñanza.

De manera inmediata visité al director general de Correos y Telégrafos, a quien expresé mi contrariedad por mi nombramiento y me manifesté contrario a la politización de la escuela. Dada mi edad y mi antigüedad, sólo a mi condición de socialista podía atribuirse el que yo fuera nombrado jefe de estudios. Insistió el director general en el derechismo de los que habían dirigido la escuela y la necesidad de que se le marcara otro rumbo.

Cosa curiosa, aquel director de la escuela, que tanto me había denigrado, junto con el jefe de estudios, del que nunca tuve queja, me pidieron que no abandonara mi puesto, pues yo era el único que podía defenderlos evitando que fueran trasladados para realizar otra misión distinta de la docente.

Todos los profesores se unieron a este ruego y yo advertí que sólo permanecería en mi puesto para defender la permanencia en sus cátedras de todos, incluyendo los que habían sido director y jefe de estudios.

No pude contra la ola revanchista que se estaba apoderando, no sólo de los organismos públicos, sino de la propia calle. Sólo conseguí que los destituidos quedaran en Madrid en otros puestos de Telégrafos, pero alejados de la escuela. Naturalmente no aceptaba aquella solución, y busqué un modo de aproximarme al ministro para que se me admitiera la dimisión.

Por casualidad, mi primo Baltasar era muy amigo del republicano Bernardo Giner de los Ríos que era el ministro, y por su mediación fui recibido. «Me queman las manos —le dije—, la gratificación que gano como jefe de estudios y considero la mayor injusticia lo que se ha hecho con mis compañeros destituidos. Le pido a usted que acepte mi dimisión desde ahora mismo.»

Aquel ministro me pareció un hombre honesto, pero ingenuo, que equivocadamente creyó debía aguantarse la primera oleada del furor popular, seguro de que después las aguas volverían a su lógico cauce. Intentó con-

vencerme con argumentos en línea con sus ideas pero, ante mi insistencia, aceptó mi dimisión y me dirigió amables elogios diciendo que era la primera vez que se le recomendaba para que un funcionario pudiese abandonar un puesto remunerado. Desde entonces aquel ministro me distinguió con su confianza, hasta el punto de consultarme en ciertas ocasiones, con lo que pude favorecer a Ríos, jefe de estudios destituido.

Es muy difícil para mí describir cuanto veía en la calle, porque lo más importante era la calle, y ni gobierno, parlamento, presidencia de la República ni nada que tuviera conexión con los órganos de representación democrática tenían valor alguno ante el vociferante aluvión que había invadido la capital de España. Hablo de ésta porque era donde vivía, pero sin que su talante difiriera en un ápice del que se disfrutaba en todos los pueblos de nuestra patria.

¿Qué importancia tenía que el parlamento hubiera destituido a Alcalá Zamora y puesto en su lugar a Manuel Azaña? Me había contado Giner de los Ríos que, en un viaje a Andalucía acompañado de don Niceto, sus coches fueron parados varias veces por grupos del socorro rojo, que exigían un donativo para dejarles pasar. En estas condiciones, ¿qué importancia podía tener que destituyeran a un Presidente de la República que había de pagar una contribución a un grupo de muchachos con brazalete rojo para poder visitar su pueblo?

Se multiplicaban las agresiones entre falangistas y socialistas o comunistas. Un día el catedrático de Derecho Penal y diputado socialista Jiménez Asúa, escapaba por milagro de las pistolas disparadas por falangistas, y otro, un falangista que en una esquina grita: «¡ha salido F. E.!» (periódico de Falange), es tiroteado por miembros de las juventudes socialistas. Grupos de falangistas disparan indiscriminadamente desde la puerta de un casino socialista de Cuatro Caminos y antes fueron comunistas o socialistas los que persiguieron con el fuego de sus pistolas un coche ocupado por afiliados a Falange.

Se practicaba la caza del hombre por el hombre entre los bandos hostiles, y en el entierro de los muertos

se producían manifestaciones violentas en las que, con frecuencia, nueva sangre derramada parecía ser el último homenaje obligado que se rendía a la víctima.

Yo he visto, paseando por Rosales, un grupo de muchachos con brazalete rojo ir pidiendo: «para bombas y pistolas, camaradas, para hacer la revolución»; ¡para bombas y pistolas! Esto parecerá increíble pero es rigurosamente cierto.

Los domingos veíamos numerosos jóvenes de blanco, con brazaletes rojos y bandera del mismo color, que cantando la Internacional profiriendo toda clase de gritos, cargados de agresividad, regresaban de excursiones a la sierra con paso marcial y disciplinado.

Según se decía, falangistas uniformados, en algún lugar del campo cercano a la capital, hacían prácticas de tiro.

Había sacerdotes que eran abucheados en las calles y se llegó a un momento en que también los militares con uniforme se veían obligados a amenazar con sus armas para abrirse paso entre los grupos vociferantes.

A todo esto, las huelgas eran continuas, empezaban las de un gremio y por solidaridad seguían los restantes. Casi todos los ascensores de Madrid estaban parados por falta de asistencia del personal de reparación. Yo vivía entonces en un tercer piso de la calle Altamirano y al subir solía coincidir con un vecino que, cuando tomaba aliento en la molesta escalera decía con rabia: «¡me cago en el frente popular!». Al principio, sólo él insultaba al conglomerado izquierdista; pero he de confesar que al prolongarse la huelga, mi vecino y yo coincidíamos en la exclamación un poco grosera que reflejaba toda nuestra indignación y falta de «resuello».

Recibía cartas de mi padre y mis hermanos en las que escribían con tristeza: «¡Y pensar que votamos con entusiasmo la República!».

¿Qué hacía la entelequia de Gobierno? Cuando los desmanes eran demasiado violentos, el ministro de la Gobernación hablaba por radio pidiendo (siempre «pidiendo») al pueblo, que se condujera con civismo para no hacerle el juego a la reacción. ¡Qué frustración la mía! La mía y la de la mayoría de aquella clase media,

que no sólo había votado la República, sino también el frente popular llenos de buena fe y esperanza ilusionada.

He de insistir en que yo sólo hago mención de aquellos acontecimientos que directa o indirectamente he vivido sin pretender de ningún modo relatar el sin número de hechos interesantes que dibujaron aquel período turbulento de nuestra historia, cuyo desemboque profetizaba con su enorme talento y sentido político Indalecio Prieto, en una serie de artículos que publicaba «El Liberal» de Bilbao y que, todos los días, a la llegada de este periódico a Madrid se lo arrebatábamos a los repartidores y lo leíamos, viendo en las advertencias del jefe socialista una última esperanza. Indalecio Prieto llegó a ser apedreado por las juventudes socialistas, escapando milagrosamente de la furia de aquellos inconscientes e irresponsables.

El 5 de julio de 1936 nació mi tercer hijo, y aquella noche, aquejado de unas fuertes anginas tuve que salir a buscar a la comadrona con alta fiebre. Esta continuó con ligero descenso en los días sucesivos, lo que me obligó a guardar cama, donde recibía con estupor, de labios del médico que visitaba a mi mujer, la noticia increíble del asesinato de Calvo Sotelo, aquel fatídico día 13.

Tanto el médico como yo pensamos que la suerte estaba echada y que cualquier día nos veríamos sorprendidos por un golpe militar del que todos hablaban con miedo y esperanza.

Me levanté el día 18 y estuve paseando por Rosales con mi hijo mayor que aún no tenía los cinco años. Señoras sentadas en sillas metálicas junto al quiosco de la música hablaban en voz baja, pero de manera animada y yo iba cazando palabras sueltas que me hicieron sospechar que algo se había producido en Africa. Nos volvimos inmediatamente a casa y encendí el receptor de radio a través del que Casares Quiroga anunciaba un pronunciamiento militar en nuestras plazas de Marruecos, al que dedicaba los más duros calificativos y concluía queriendo tranquilizar a la opinión, asegurando que en la Península, la tranquilidad era completa y el Gobierno controlaba todos los resortes del poder. Todos comprendimos que lo que se esperaba había llegado y de un

momento a otro se producirían otros graves acontecimientos.

El día 19 empezamos a oír descargas cerradas que mi cuñada y yo comentábamos con aparente jocosidad, para no asustar a mis dos hijos mayores. Supimos que se trataba de una lucha entablada en el Cuartel de la Montaña, a poca distancia de nuestro domicilio.

Bien pronto se comunicó por radio la rendición de los amotinados y desde el balcón de mi casa vi desfilar por la calle a una serie de soldados conducidos, pero que iban haciendo grandes demostraciones de su republicanismo con vivas y puños en alto. En Madrid y Barcelona, como en otras capitales, había fracasado el Movimiento, pero en otras triunfaron las fuerzas militares en colaboración con Falange, aunque el Gobierno pregona que controlaba la situación y reiteraba repetidas veces el estribillo: «no pasa nada y si pasa no importa».

En párrafos anteriores parece que intenté de buena fe dar la impresión de que el populacho era dueño de la calle. ¡Qué inocente! Ahora sí que surgió el populacho masculino y femenino que paseaba en coches con banderas desplegadas y sabiendo organizar con rapidez toda clase de cuartelillos y cárceles, dispuesto siempre, a espaldas del Gobierno, a controlar a su manera la situación, persiguiendo, encarcelando y asesinando a cuantos tachaban de enemigos del régimen, a veces por el solo hecho de haber tenido con los perseguidores alguna rencilla personal.

Madrid se convirtió en un infierno, y la fatídica palabra «paseo» se enseñoreó de todos los murmullos de la capital en la que miles de personas la pronunciaban, con horror y con miedo.

En la Escuela, aunque el jefe de estudios que fue nombrado tras mi dimisión era la primera autoridad por encontrarse en las provincias vascongadas el director, la realidad fue que mi carné de socialista adquirió un relieve insospechado y casi todas las disposiciones o eran dadas por mí o se llevaban a cabo después de consultarme. Con toda rapidez instalamos una emisora radio-telefónica que llamamos estación de socorro y que se dedicó a transmitir despachos que podía depositar cual-

quiera para tranquilizar con sus noticias a los familiares que habían quedado aislados en las zonas ocupadas por los militares que, desde el principio se llamaron «los nacionales». Era una labor humanitaria que nos dio ocasión para que todo el personal, incluyendo los alumnos que habían quedado en Madrid, pudiéramos ofrecer el pretexto de estar prestando un servicio. Naturalmente, además de la emisora, contábamos con un buen receptor en el que recibíamos mensajes de la misma naturaleza procedentes de la zona ocupada por los nacionales que como es sabido se fue agrandando sobre todo después del paso de las tropas procedentes de Marruecos a través del estrecho.

El funcionamiento de la estación de socorro era permanente durante las veinticuatro horas, y nos daba la oportunidad de escuchar lo que decían las emisoras del otro bando, contrastándolo con las noticias que difundía el Gobierno republicano.

Recuerdo que un alumno —había sido alumno mío por cierto— me dio la gran sorpresa realizando un acto que jamás podía pensarse de un muchacho que no sólo era tímido y parado, sino que todo él irradiaba una timidez y apocamiento inconfundibles. Supo que los milicianos, así se llamaban a aquellas hordas vestidas de mono azul, habían entrado en un convento de monjas para en principio encerrarlas en las cárceles «del pueblo». Se personó rápidamente mi alumno en el convento, en el momento que arrastraban a una de las monjas que era su tía y con aquel rostro impasible, sin mover un músculo de la cara y con su voz cargada de los tonos más tímidos, pero al mismo tiempo firmes, dijo: «¡no!, ¡a esa no!, que es mi tía». La cogió de la mano y se la llevó a su casa sin que los milicianos osaran discutir ni pedir explicación alguna.

Según me contaron después de la guerra, ese mismo muchacho había sido movilizado, nombrado teniente y encargado de dar clases en una escuela de transmisiones que el ejército republicano tenía establecida en Madrid. Pues bien, un día hablando con el jefe o responsable de aquella escuela, éste le habló de unas clases que debía dar un día determinado. «¿Qué día dice? Perdona,

pero ese día no, ese día no puedo venir a dar clases.» No dijo más, ni dio explicación alguna, ya que le bastaba con lo que él sabía: que era el día que había escogido para pasarse al bando nacional. Y así lo hizo. ¡Para que uno se fíe de las apariencias!

La estación de socorro de la Escuela y el mucho público que a ella acudía debió llamar la atención de los medios policíacos y así dos agentes o inspectores se presentaron un día para informarse de la filiación política de todos los profesores que formaban la plantilla de aquel centro de enseñanza. El secretario, un socialista más entusiasta y radical que yo, en aquellos momentos colaboró muy honestamente conmigo en la redacción del informe. En éste se hacía constar que desconocíamos si alguno pertenecía a algún partido, pero que nos constaba que todos mostraban una adhesión completa al frente popular. La realidad era muy distinta, pues prácticamente todos eran derechistas y varios estaban afiliados al partido de Gil Robles. Nuestro informe fue considerado como muy positivo y durante el tiempo que yo estuve en Madrid no volvió la policía a molestarnos. Supimos, sí, que a un profesor, Miralles, le habían registrado la casa unos milicianos y para protegerlo conseguimos enviarlo a una estación de radio de Aravaca en la que prestaba servicio la Guardia Civil. De este modo le evitamos un posible grave percance al bueno de Miralles si en otro registro se hubiera encontrado en su domicilio.

Había unos cuantos profesores que lo pasaban verdaderamente mal. Uno de ellos que había sido profesor mío, todas las mañanas lo encontraba reloj en mano tomándose el pulso. «Fíjate, fíjate, ya tengo 120 pulsaciones y comprendo que la culpa es mía y sólo mía; llego a la Escuela con el propósito decidido de rehuir al portero y desde luego a no hacerle ninguna pregunta sobre los acontecimientos del barrio. Pues nada, una fuerza superior a mi voluntad, una curiosidad malsana y medrosa me empuja a preguntarle: "¿Hay alguna novedad por el barrio, Vecino?". (Este era el nombre del portero.) Con voz misteriosa y acercándoseme casi al oído me dice invariablemente cosas como éstas: "Anoche oí

gritos a eso de las cuatro de la mañana y vi que de una casa sacaban a un padre y a los hijos unos milicianos para darles *el paseo*; y ahí a unos cincuenta metros de la Escuela me ha dicho un sereno que han encontrado dos cadáveres, de un hombre y de una mujer.»

«Yo me pongo malo, el corazón se me salta y para qué lo voy a negar, es miedo y miedo; desde luego, arregla los turnos de manera que yo me pueda ir a mi casa antes de que empiece a anochecer. Este Vecino va a concluir conmigo, yo creo que sabe que le temo y cuando no le llamo parece que da vueltas alrededor mío hasta que no puedo más y como un tonto caigo en las mismas de siempre: ¿qué hay, Vecino?» Naturalmente, animaba al bueno de Pintado (éste era el profesor), y aunque yo no tenía ninguna autoridad en la Escuela, en parte me la había tomado y en parte la habían admitido, arreglaba los turnos a su gusto, aunque yo creo que a él no le quitaba el susto ni el sol radiante que lucía a las dos de la tarde.

Ya entrado el mes de agosto se produjo para mí algo muy desagradable. Unos milicianos habían apresado en su domicilio a mi cuñado y a su mujer y nadie sabía a dónde habían sido llevados. Me movilicé en el acto, dirigiéndome primero a la policía para ver si podían darme alguna orientación; pero en ningún centro de la Dirección General de Seguridad sabían nada de nada, y me miraban casi con extrañeza, como diciendo, «¿pero se creará este infeliz que nosotros entendemos de detenciones?». Al final, uno me aconsejó que si podía me dirigiera a la «checa» de Bellas Artes; eso sí, me recomendó: «si se decide a ir, ya se puede andar con cuidado».

Era anochecido cuando me acerqué a los bajos del Círculo de Bellas Artes, exhibiendo mi carné de socialista y preguntando a los que hacían guardia a la puerta. Me dejaron pasar con facilidad y me permitieron entrar en unas habitaciones que recuerdo confusamente, para comprobar si allí se encontraban mis cuñados. Me fue muy fácil darme cuenta de que no estaban allí, porque allí no había casi nadie. Yo sabía que a Bellas Artes llevaban diariamente muchos detenidos; ¿qué habían hecho con ellos? Pasamos en mi casa una noche con la intran-

quilidad que ya pueden suponer y al día siguiente pude localizarlos en la Inspección de Guardia, detalle éste que me llenó de optimismo. Qué alegría reflejaba el pobre de mi cuñado cuando al abrazarme, me dijo: «¡Al fin has venido!». El pobre creyó que con mi carné de socialista todo estaba arreglado. Les consolé como pude y allí los dejé en espera, decían, de que se les tomara declaración. Jamás les tomaron declaración alguna y, a poco de dejarlos, a ella la enviaron a la cárcel de mujeres y a él a la de Porlier.

Unos días después, con la ayuda del amigo socialista de Standard, al que me referí cuando vimos a Largo Caballero, conseguí visitar a mi cuñado en la cárcel de Porlier. El pobre, que era muy simpático, se relacionó bien con los milicianos y dentro de su preocupación, tanto por él como por su mujer, lo encontré algo más resignado esperando siempre que yo pudiera conseguir su libertad.

Al salir de la cárcel presencié un espectáculo que me produjo una tremenda impresión. Acababa de tirarse de una ventana alta un preso, a quien en una camilla, estaban recogiendo dos milicianos del suelo. «¡Otro que se suicida!», dijo apenado el miliciano que estaba de guardia en la puerta. Debían proteger esas ventanas. La actitud humana de aquel miliciano contrastó con los gestos y las palabras que más que decir vomitaba un demonio de mujer ante aquella tragedia que conmovía a cuantos la presenciábamos. «¡No os molestéis en recoger a ese fascista! ¡Que lo echen a la basura! ¡Ojalá se tiraran todos y así acabábamos antes!» Mi amigo y yo, demudados, no pudimos por menos de decirnos: «¿pero ha visto usted qué arpía tan canalla?». La actitud de aquella mujer no era única; en aquella guerra fraticida las mujeres por lo general dieron pruebas de ser más crueles y vengativas que los hombres.

Mientras Madrid se estremecía agitado por registros, miedos, asesinatos, y pasos ruidosos de milicianos con milicianas, que se sentían triunfantes con la posesión de un automóvil que entonces era símbolo de la más alta burguesía, las tropas nacionales entraban en Badajoz; se luchaba en la sierra madrileña y se desarrollaba una

guerra radiotelefónica en que, de una y otra parte se insultaba, se amenazaba y se cantaban victorias, más o menos imaginarias.

En la época a que me refiero, los milicianos consideraban más o menos que la jornada de ocho horas era de aplicación en la guerra. Partían en efecto por la mañana, dando vivas a Largo Caballero y a la Pasionaria, y al caer la tarde, regresaban con el mismo entusiasmo a Madrid. Era indudable que les atraía el asfalto y preferían la persecución de fascistas en la capital a enfrentarse con ellos en el Alto del León. Lo que nunca me explicaba es cómo quedaban las líneas de combate cuando los milicianos se volvían. Yo supongo que los que yo menciono constituían la comparsa de los verdaderos combatientes, que continuaban en la sierra mandados por jefes profesionales o más o menos improvisados.

Naturalmente, no había olvidado a mis cuñados que continuaban en la cárcel. Visité varias veces a mi casi paisano el subsecretario de Instrucción Pública, que era el jefe de la minoría radical-socialista en el Congreso. Emilio Baeza se sentía impotente para ayudarme; pero además me hacía algunas reflexiones que llegaron a convencerme: «suponte que consiguiera ponerlos en libertad. Volverían a estar expuestos a que los cogieran otra vez unos milicianos con consecuencias más graves; ahora en cambio, en la cárcel están completamente seguros». Yo también creí que mi cuñado estaba seguro en la cárcel. Porlier y nunca pude imaginar que aquel pobre inocente de todo, que jamás había pertenecido a ningún partido político, iba a ser asesinado el siete de noviembre de aquel año, al acercarse los nacionales a Madrid.

Pasábamos en casa noches verdaderamente agotadoras, sobre todo para los dos chicos mayorcitos y para mi mujer que era muy nerviosa. Sonaban las sirenas anunciando la llegada de aviones nacionales; con las luces apagadas y, cada uno de nosotros con un chico cuyo sueño habíamos interrumpido, bajábamos al sótano de la casa donde inocentes de nosotros nos creíamos estar protegidos. Cuando las bombas caían cerca, y una estalló tan próxima a nuestra vivienda que uno de sus pequeños cascotes cayó en un balcón, he de reconocer que

la sensación era horrorosa, análoga a la que se recibe al ver caer un rayo al mismo tiempo que se oye el estrépito seco del trueno. Muchas mujeres, al bajar, padecían ataques histéricos y permanecían temblando en el sótano, pero los chicos, ya totalmente despiertos se dedicaban a jugar. A veces no subíamos hasta las 5 de la mañana y la vida para las criaturas no podía ser más desordenada ni menos recomendable para sus sistemas nerviosos.

De lo alejados que estábamos en 1936 a lo que se ha dado en llamar sociedad de consumo, daba una idea el que yo, ingeniero de una Sociedad constructora de material telefónico y profesor de una Escuela de Ingenieros, no dispusiera en mi casa de teléfono. Digo esto porque, aunque mi miedo no era exagerado si lo comparaba con el que padecían otros, creí que debía adoptar la precaución de tener teléfono, ya que con éste, en un caso de registro domiciliario por milicianos a lo que todos estábamos expuestos, podría llamar a la Dirección General de Seguridad, o a cualquier persona en condiciones de auxiliarnos.

Instalamos, pues, el teléfono en casa, con lo que respiramos más tranquilos, y a través de él y gracias a mi amistad con los compañeros que dirigían una especie de servicio de información en el Palacio de Comunicaciones, podía enterarme de la situación de los frentes. Recuerdo que la última noticia que me dieron antes de salir de Madrid fue ésta: «no hay comunicación telefónica con Talavera de la Reina».

Una tarde me llamó uno de los compañeros de la Dirección General de Telecomunicación para decirme lo siguiente: «Supongo que no podrás; pero mira, hemos estado repasando los nombres de los compañeros que podrían venir conmigo a Ginebra para representar a España en el Congreso Internacional de Radiodifusión; al llegar a tu nombre hemos comentado que estando en Standard no querías venir. Hemos seguido con la lista y, como ninguno nos parecía bien, hemos vuelto a empezar y al tropezar otra vez contigo, me he decidido a llamarte; ¿qué te parece? Mi reacción fue inmediata: «¿podría llevar la familia?»; «supongo que sí, me respon-

dió algo sorprendido, pero ya sabes que nuestra permanencia en Ginebra sólo durará unos quince días». «No importa, si me admiten la familia acepto.» Aprobó el ministro de Comunicaciones mi nombramiento y yo había de recoger pasaporte diplomático en el ministerio de Asuntos Exteriores.

Me presenté al Secretario particular del Ministro y, al devolverle un impreso en el que figuraban conmigo, mi mujer, mi cuñada y mis tres hijos, no pudo por menos de reírse. «¿Pero usted cree que para unos días le van a conceder pasaporte para toda la familia?, ¡incluso la cuñada! ¡Vamos, hombre! que, hablando claro, se le ve la oreja.»

«Tengo mis razones particulares —le dije— para que sea como solicito y si no me conceden el pasaporte para todos renuncio a marcharme. Comprenderá que en la situación de Madrid yo no me iría tranquilo dejando solos a mis familiares.» «Pues mire, por mí no va a quedar, yo le llevo la solicitud al Ministro y le doy mi palabra que no le advierto lo más mínimo; si firma sin fijarse, con eso se encuentra; pero dudo mucho que una cosa así pueda pasar.» Volvió a los cinco minutos reflejando satisfacción en su cara: «ha tenido usted la gran potra; ha dado la casualidad de que estaba entretenido con Osorio y Gallardo que va también a Ginebra a la reunión de la Sociedad de las Naciones que tiene lugar al mismo tiempo que su Congreso. Charlando con don Angel, ha cogido mecánicamente su pasaporte familiar y sin mirar, lo ha firmado; enhorabuena y buena suerte». Le di las gracias a aquel buen hombre cuyo nombre ni recuerdo y me fui contentísimo a casa a dar la buena noticia.

¡Ibamos a salir del infierno madrileño!

Se decidió que saldríamos el día 15 de septiembre por la noche en tren, que, pasando por Valencia, nos llevaría en una primera etapa hasta Barcelona.

Hice una visita de cortesía al ministro de Comunicaciones, a quien encontré muy deprimido. «¿Qué le pasa a usted?, ¿tiene malas noticias del frente?» «No, no, aunque parezca raro me preocupan tantas otras cosas que no le presto casi atención a lo que sucede en el frente;

¿qué importa lo del frente? Mire usted, los ministros somos prisioneros de nosotros mismos, soñamos con una salida; pero nos damos con la cabeza contra la pared. Sabemos que hacemos poco, pero hacemos algo. El convencimiento de que podemos frenar algo, y que nuestra salida empeoraría todo y podría acelerar el proceso de desorden y anarquismo que se ha apoderado del país es lo que, por desgracia, nos mantiene en unos puestos que constituyen para nosotros una pesadilla y una vergüenza. No crea usted que en el otro lado las cosas andan mejor. Es el odio desenfrenado y la salida a la superficie de unos sentimientos asesinos imposibles de concebir, los que se han enseñoreado de España.»

«Mire usted —me dijo, cambiando de tema—, “si alguna vez despierta el pueblo español, y recobra el juicio que desde hace tiempo tiene perdido, debería arrastrar por las calles de Madrid a Largo Caballero que es el hombre que nos ha conducido a esta catástrofe”.» Pongo entre comillas las palabras precedentes, porque considero interesante consignar aquí con absoluta fidelidad, el juicio emitido por un ministro de la República sobre Largo Caballero.

Visité después al Director General que tuvo la amabilidad de ofrecirme su coche oficial para que la familia pudiéramos trasladarnos a la estación de Atocha.

Era la primera vez que sacábamos a nuestro tercer hijo, que por cierto, debido a las circunstancias reinantes no había sido bautizado. Al bajar las escaleras tan contentos, dos milicianos, acaso extrañados por aquella salida numerosa, nos echó el alto. Mi mujer estaba llena de miedo, pero yo, muy tranquilo y casi con orgullo, mostré el pasaporte diplomático firmado nada menos que por el ministro de Asuntos Exteriores. Los milicianos no hicieron el menor caso y pretendían registrarnos, cuando se me ocurrió mostrarles el carnet del partido socialista. Esto lo arregló todo y fuimos despedidos con un «¡buen viaje, camaradas!».

Subimos al coche y atravesamos las calles de aquel Madrid que nos horrorizaba; el pequeño dormido, los dos mayorcitos brincando de contentos al ver tantos fusiles. uniformes y bullicio y nosotros con un suspiro

lleno de alivio y un recuerdo lleno de tristeza por los que quedaban en la cárcel. Es curioso, salíamos con ánimo de liberarnos, pero en realidad nada habíamos pensado, nada habíamos decidido, la esperanza iba acompañada de un tremendo interrogante: ¿qué sería definitivamente de nosotros?

MARCHAMOS A FRANCIA

El viaje fue pesadísimo. A las nueve de la mañana aproximadamente pasamos por Valencia, en cuyo andén, porque les habíamos avisado previamente, saludamos a la hermana mayor de mi mujer juntamente con su marido. En un momento, que consideró no pudieran oírla, mi cuñada me susurró: «por Dios, ¡no volváis!».

Por la noche llegamos a Barcelona y en un hotel cerca de la estación dejé a la familia mientras yo, con mi compañero me dirigí a Telégrafos para enviar las pesetas recibidas por giro telegráfico y a nuestros nombres, lista de Telégrafos, en Cerbere. De este modo recibiríamos los francos al cambio oficial y no al libre, con que se hubieran reducido de manera sensible nuestras disponibilidades numerarias.

Nos retrasamos en volver al hotel y en él encontramos a mi mujer y a mi cuñada, presas de terror, pues en su nerviosismo veían en los camareros no sé qué caras de recelo o amenaza que desde luego no respondían a la realidad, y ya nos daban, poco menos que por secuestrados, mientras ellas se encontraban solas con los niños sin saber a quién recurrir.

A la mañana siguiente cogimos de nuevo el tren, llegamos a Cerbere, después de pasar la frontera de Port-Bou y, cobrando nuestros giros en francos, esperamos el expreso que había de conducirnos a Ginebra. Otra noche en que dormimos poco y a las 11 de la mañana llegamos a la que me pareció la ciudad más simpática del mundo. ¡Qué tranquilidad!, y ¡Dios mío, qué contraste! Veníamos de un infierno y nos encontramos una capital todo silencio, en la que los transeúntes parecían andar de puntillas. ¡Ahora sí, que respirábamos de verdad!

Habíamos convenido que mi compañero residiría en un buen hotel para representar la delegación española y que nosotros, por constituir una familia, buscaríamos una pensión decente, pero sin lujos. Así lo expliqué en

una oficina de información y me recomendaron la llamada Fonda Española que según la señorita que nos atendió, lindaba precisamente con el Consulado General de España.

Como nos gustaba todo, nos gustó la fonda, que disponía de un jardín lindando con el jardín de nuestro Consulado. La cocina era magnífica, y, ya reposados, dirigimos nuestros ojos escrutadores a mi hijo mayor y no nos atrevimos a decir en alto todo lo que pensábamos de su palidez y malísimo aspecto, que noches pasadas en el sótano y la vida de sobresalto que seguramente percibía imprimieron en su rostro, sin habernos dado cuenta hasta entonces. Gracias a Dios empezó a comer bien, salió al jardín y fue recobrándose.

Lo primero que hice al llegar a Ginebra fue devorar periódicos de todas las tendencias y de origen distinto; llegué a una terrible conclusión: también en el territorio dominado por los nacionales abundaban los desmanes también allí la persecución o el espíritu de venganza se estaba cobrando víctimas. En estas condiciones, ¿qué podía yo escoger? ¿A quién podía sentirme ligado? El bando a que yo había pertenecido me repugnaba; le acusaba con todo dolor de haber destruido mis ideales de toda la vida, de haberme arrebatado una fe y postrado en el más negro de los escepticismos. Y el otro bando, ¿qué me ofrecía? Sus ideas no fueron nunca mías. Eran las ideas de las derechas, que nunca me gustaron; las de todos los elementos reaccionarios del país que mi espíritu liberal socialista repelía. Porque, no nos engañemos, el desorden y el desbarajuste de las izquierdas hicieron posible que las fuerzas militares, indignadas e injuriadas; el clero, perseguido; la alta y baja burguesía, atemorizadas, y gran parte de la clase media, defraudada y buscando tranquilidad, se unieran para derrocar un Gobierno al que sólo sostuvieron prácticamente las fuerzas proletarias. Se dice ahora por algunos que el espíritu del 18 de julio era poco menos que de contenido social revolucionario. ¡Mentira! Resulta ridículo afirmar algo tan desprovisto de realidad. Si no fuera indicio suficiente contemplar dónde estaban alineadas la aristocracia y la alta burguesía y dónde el proletariado, bastaría con recordar que al fin de la guerra civil,

cuando, ante una innegable discriminación persecutoria, la gente quería defenderse, proclamaba a los cuatro vientos: «Yo he sido siempre de derechas y toda mi familia fue siempre de derechas». La palabra derecha se empleaba como un salvoconducto y yo recuerdo, que al ocupar puestos importantes en Standard, recibía diariamente numerosas cartas recomendando la admisión de un obrero con estas palabras: «Puedo asegurarle que se trata de un hombre de derechas y su familia, a la que conozco desde hace tiempo, fue también de derechas». ¡Derechas, derechas! Estas eran las palabras que representaban todos los triunfos y con las que los desvalidos o perseguidos querían alinearse. Pues, ¿cuál era el único *slogan* de carácter social que esgrimían los nacionales? «¡Ni un hogar sin leña, ni una familia sin pan!» Todo lo que pedían era pan y fuego, casi lo que se ofrece a los mendigos. ¿Era esto una revolución social?

Que después el régimen haya ido incorporando un contenido social muy estimable a su política, eso ya es otra cosa. Repito, sus ideas no fueron nunca más, y si con ellas podía transigir, si me presentaban una conducta limpia y generosa, la confirmación de que no era así, que aquellas palabras del ministro de Comunicaciones que en su día resbalaron en mis oídos: «Y no crea usted que en el otro lado las cosas andan mejor», respondían a una realidad, me hizo comprender que espiritualmente estaba aislado, sin ningún amarre que me sostuviera; pero también sin sentirme obligado a nada ni a nadie, ¡sólo a mi familia!

Al terminar cada sesión de nuestro Congreso, que no logró interesarme, me unía con la familia en los jardines junto al Lago. Allí, una mañana, mis dos hijos mayores tropezaron con otros niños españoles y todos se inundaron de alegría con aquel casual encuentro. ¡Jugaban y reían en el mismo idioma! Los padres de aquellos chicos desconocidos se acercaron solícitos a nosotros y empezamos a charlar cordialmente; ellos habían salido de Barcelona y nosotros de Madrid. De pronto, el marido me preguntó: «Usted, que viene de Madrid, ¿cuántos días cree que tardarán los nacionales en conquistar la capital? Supongo que antes de una semana estaremos dentro, ¿ver-

dad?». «No; no creo que la cosa sea tan fácil, no veo próximo ese acontecimiento.» Cambió la cara de aquel hombre y se despidió rápidamente, llamó a sus chicos y se marcharon. En los días sucesivos veíamos a aquella familia, que nunca se volvió a acercar a nosotros, y nunca más jugaron los niños juntos.

También en Ginebra, y sólo por manifestar una opinión, se hacía imposible la convivencia, hasta la de los niños de cinco años, en los que se sembraba un veneno y un odio que aquellas almas infantiles no podían comprender.

Un día se oyeron en el jardín gritos distintos de alegría: «¡Mamá, mamá, españoles!». Eran los chicos del cónsul Rivas Cherif, los que, jugando en su jardín, se habían encontrado con los nuestros. Los dos bandos mostraban su sorpresa encontrando en aquellas tierras unos chicos que hablaban español.

Visité al cónsul y en su casa encontré a Fernando de los Ríos, a quien conocí en Madrid por ser muy amigo de mi primo Baltasar. Este era de ideas políticas totalmente distintas; pero cuando vivía en Méjico invitó a un grupo de intelectuales españoles a desarrollar un ciclo de conferencias, y entre ellos se contaba don Fernando, con el que trabó estrecha amistad.

Fernando de los Ríos era un nombre rodeado por mí, casi sin conocerle, por una aureola de admiración desde que yo estudiaba el bachillerato. Muchas veces oí decir a mi padre que Fernando llegaría como figura intelectual a superar a su tío don Francisco Ginés de los Ríos. Toda la familia de los Ríos era de una honestidad intachable, y mi hermano, cuando se examinaba en Granada, venía haciéndose eco del prestigio extraordinario que entre profesores y alumnos gozaba don Fernando. En Derecho Político era muy difícil aprobar con él; pero era tan amable con los examinados, trataba a los estudiantes con tanta cortesía, que hasta le perdonaban los suspensos. Naturalmente, mi hermano era un apasionado suyo, ya que en el propio examen le concedió la matrícula de honor y, dirigiéndose al público, dijo:

—Así debían estudiar todos.

Era en la Universidad el profesor que vestía más ele-

gantemente y llegaba su exquisitez a usar guantes hasta en verano. Con su fama de sabio, su elegancia y su corrección, no era de extrañar que los obreros granadinos adoraran a este hombre que, desde toda la altura de su ciencia y de su elegancia, descendía hasta ellos para ocuparse de sus problemas sociales. En realidad, cuando le traté en casa de mi primo, don Fernando me pareció un espíritu socialista con gustos de burgués distinguido y modales de un aristócrata del siglo XVIII.

El que llegó a ser diputado ciervista por mi pueblo, Juan Antonio Pérez Urruti, era primo hermano suyo y contaba a mi padre que, en los días solemnes del Congreso, se quejaba de no poder vestir de frac, como le hubiera gustado.

—Pero, ¿qué diría de mi la minoría socialista!

Sus rasgos, netamente judaicos, y sus gustos y aficiones parecían recordar una ascendencia oriental, que tanto abunda en Andalucía. Tocaba la guitarra y cantaba maravillosamente el flamenco.

Que era un hombre honrado, no me cupo nunca la menor duda; que poseía una cultura extraordinaria, tampoco; pero siempre dudé de su condición de político. Un Indalecio Prieto, un Largo Caballero y hasta un Besteiro, entre los intelectuales, le daban cien vueltas como político. Hay un abismo entre dominar la filosofía del Derecho político y la política sin filosofía y... casi sin Derecho.

Hablamos, naturalmente, de España y de la guerra. Yo me dolía de los crímenes que estaban cometiendo en Madrid y de cómo éstos perjudicaban enormemente la causa republicana. De los Ríos aseguraba que, según sus noticias, en Barcelona la situación era aún más lamentable que en Madrid. «Todo esto es muy triste —continuó—; pero debe comprenderse que una revolución, y esto es ya una revolución, no desatada precisamente por nosotros, no puede dirigirse como con un tiralíneas. Se puede saber cómo empieza, qué meta se busca o se espera, pero lo que es imposible es controlar su desarrollo, que a veces discurre por los caminos más imprevisibles y desbordando todos los supuestos.»

Habló después de las críticas que se hacían al Gobierno francés, presidido por el socialista León Blum, por su

poca ayuda a la España republicana. Según el ex ministro socialista, no eran justas tales quejas; Blum hacía todo lo que estaba en su mano y en la batalla de Irún le constaba que «la Guardia Móvil francesa, desde Hendaya, ayudó a las fuerzas gubernamentales, llegando a disparar contra el enemigo». Esperaba que pronto podría incrementarse de modo sensible la ayuda de Francia a nuestro país.

Rivas Cherif habló de la inminente entrega por parte de Méjico de 100.000 fusiles y de que tenía en proyecto otras compras de armamentos más importantes. Después, no sé por qué, surgió el tema de los rumores absurdos sobre un posible abandono de la presidencia por parte de Azaña, y a este respecto refirió un comentario reciente que le había oído a su cuñado: «Ya sabéis cuánto es mi amor por España, la quiero apasionadamente. Pero si me presentaran la alternativa de verla hundida en lo más profundo de los océanos o gobernada por militares, sin ninguna clase de dudas y con todo el dolor de mi corazón, escogería su hundimiento».

Las palabras entre comillas son la reproducción fiel de las que escuché a Rivas Cherif.

¿Y a mí qué juicio me merecía Azaña? Difícil es emitir un juicio objetivo de un hombre con el que no se ha convivido, de tanta vida interior y que se asomaba a su mundo circundante a través de la extraordinaria cultura que había acumulado en largos años de silencio con un tesón y un talento nada comunes. Según Madariaga, Azaña era un poeta; puede ser, pero como no le traté debo confesar que ni sus discursos, ni sus actuaciones configuraron nunca la extrema sensibilidad que define al poeta.

Cuando mi padre le preguntó al ex ministro don José Estrada, que fue de visita a mi casa, qué juicio le merecía Azaña, respondió de esta manera:

—Desgraciadamente para España y para los españoles, Azaña es otro Cánovas; es un verdadero monstruo de cultura y de talento.

Conforme con la segunda parte; pero Cánovas fue un hombre esencialmente político y Azaña no podía serlo; no lo era porque su soberbia ahogaba toda posibilidad de eficaz coordinación de todos los que con él *colaboraron*,

y las palabras y actos de ellos sólo merecieron la más despectiva de sus sonrisas de hombre superior. Si entre los críticos surgía un Ortega y Gasset, en tono sarcástico le llamaba «el filosofazo».

Un político, un verdadero político, aprovecha las cualidades de los hombres con que cuenta y hasta sabe cómo multiplicar sus facultades, aunando esfuerzos y hasta encendiendo entusiasmos. Sabe que nada puede esperar de los hombres arquetipos porque, entre otras razones, no suelen encontrarse; en otras palabras, conoce que su oficio consiste en aprovechar lo disponible, sin esperar la presencia de personajes, que, por perfectos, estarían deshumanizados. Dos ejemplos, en escalas de magnitud muy distantes, una muy por debajo y otra de orden superior, pueden servir para corroborar lo que digo. En el orden inferior me atrevería a citar el fruto de mi experiencia personal. Una empresa que en mis tiempos llegó a 18.000 hombres no hubiera podido marchar sin el continuo estímulo y felicitación, si llegaba el caso, no sólo a los que constituían mi estado mayor, sino a empleados relativamente modestos: «A usted le debemos este éxito», «Sin usted no sé lo que podríamos hacer», «Lleva usted el taller como una seda»... Frases como éstas las prodigaba continuamente; pero, ¡cuidado!, para ser eficaces tienen que ser sinceras, pronunciadas con cariño, pero no con un cariño fingido, sino con un afecto que salte a los ojos. En las relaciones humanas, tan indispensables para dirigir cualquier empresa, no caben mixtificaciones.

En la escala superior de valores cito nada menos que a Napoleón. No me referiré a sus célebres arengas, pues éstas no dejaron de ser arengas, construidas a la medida y de efecto rebuscado. Pertenecen al Napoleón general y yo me quiero referir al Napoleón político. Empezó por ser el primero que el mandato de «igualdad» de la Revolución francesa no lo concibió como igualdad en la pobreza, sino igualdad por arriba, igualdad dentro de lo posible en honores y riquezas. La tan utilizada frase de igualdad de oportunidades fue con él una auténtica realidad. Gozaba en felicitar a sus soldados, los hacía mariscales y concedía con generosidad títulos nobiliarios. Fue adorado por los suyos porque con ellos fue generoso y en ellos

supo depositar toda su confianza. ¿Nos imaginamos lo que hubiera sido Napoleón dedicando una sonrisa-mueca despectiva a las acciones de los que le rodeaban?

En cultura y talento, la similitud establecida por Estrada entre Azaña y Cánovas puede corresponder a una realidad; pero así como el último estableció una manera de vivir y relacionarse los españoles de acuerdo con las posibilidades de su época, lo que define a un político, Azaña no fue nunca político, porque fisiológica y anímicamente no podía serlo.

Asistí un día por curiosidad a la sesión de la Sociedad de las Naciones y pude contemplar el espectáculo de la entrada en el salón del Negus, cuyo país, Etiopía, había sido recientemente invadido por Italia. No sé por qué me pareció como si el Emperador, que caminaba a pasitos cortos, tomaba un aire como de sacerdote que asiste a una ceremonia, mientras todos los delegados, puestos en pie, le tributaron una ovación que parecía no iba a terminar nunca. Me pareció entonces que aquella expresión de entusiasmo era la prueba más evidente de la inutilidad de la Sociedad de las Naciones; todos los pueblos representados en aquella Asamblea condenaban la invasión de los italianos, pero no pudieron impedirla y se quedaban tan satisfechos..., ovacionando al que había sido desposeído de su imperio. Aquellas palmas eran una traducción elegante del pataleo, que siempre ha sido el signo de la impotencia.

Nuestra estancia en Ginebra nos parecía un sueño del que no queríamos despertar, y, no obstante, los días se pasaban y el fin del Congreso iba acercándose inexorablemente.

Ante un problema tan grave para mi familia —nunca he sido tan inconsciente— sabía que tenía que tomar una resolución; pero ¿cuál?

Un acontecimiento, al parecer sin importancia, me hizo salir de la apatía y hacer trabajar la imaginación con toda rapidez. Sabía que Rivas Cherif había ido a Madrid y regresaba a su casa una determinada mañana. Tracé la filosofía de mi plan y, después, el plan mismo. Yo me dije: «Tengo derecho a vivir con mi familia en alguna parte; intento primero quedarme en el extranjero, para

lo que necesito trabajar, pues no dispongo de recursos y el dinero que traía está agotándose, y si no encuentro trabajo, ¿a qué parte de España debo dirigirme? A la nacional, de ninguna manera, pues pude salir fuera gracias al favor oficial que representaba un pasaporte diplomático; no es que me importara traicionar al Gobierno republicano, es que me dolía traicionarme a mí mismo. ¿Y a la España republicana?» Pensé, no sé si con lógica o sin ella, que los desmanes y la falta de control de las masas populares dependería de la verdadera situación militar en que se encontraran un Gobierno en derrota y sin soluciones claras a corto plazo sería un Gobierno inestable y desbordado; en cambio, si circunstancias que yo desconocía hacían ver un futuro más optimista, el Gobierno acabaría por imponer su autoridad y podría contener a toda aquella chusma que hacía prácticamente imposible una vida civilizada. Para conocer el verdadero estado de la situación estaba seguro que tenía los medios al alcance de la mano, acaso porque Dios quiso ayudarnos trayéndonos a una fonda que lindaba con nuestro Consulado. El fatalismo como filosofía lo rechazo, pero, no lo puedo remediar, lo siento. Fatalmente, porque así lo había dispuesto Dios, estaba junto a la casa donde regresaba Rivas Cherif después de hablar con Azaña.

Mi razonamiento no me ofrecía ninguna duda: cuando llegue le contará a su mujer toda la verdad, y ella, impresionada en el sentido que sea, estará deseando en los primeros momentos expansionarse con alguien. El problema estaba en aprovechar aquellos primeros momentos. ¿Y si después de su llegada salía el cónsul en su automóvil, como solía hacerlo todas las mañanas? Espié por una ventana para actuar con rapidez si las cosas sucedían como deseaba. Salió el coche y no me detuve un instante; crucé el jardín y al portero le dije muy cínicamente que me anunciara al cónsul. «Acaba de salir en este mismo momento», me respondió, como esperaba. «Y a la señora, ¿podría verla?» Volvió al minuto y me pasó al salón, donde encontré a la mujer de Rivas Cherif con los ojos todavía algo enrojecidos. «¡Ay, cómo están las cosas! ¡Por Dios, no vuelvan a España!» Me dijo que su marido había traído una impresión muy pesimista y que el desorden

de la calle era mayor que nunca. «Tiene usted pequeños —me insistió la buena señora—; se lo digo de verdad, no vuelvan a España, arréglense como puedan, pero piense que cualquier solución es mejor que el regreso a Madrid.» De verdad, de verdad, agradecí muchísimo el interés que por nosotros mostraba aquella mujer. La consolé un poco y salí, satisfecho del resultado positivo de mi treta, pero lleno de confusiones respecto a lo que podíamos hacer.

Aquella misma tarde estuvimos recorriendo establecimientos de compra de alhajas, donde un viejecito con perilla, dándoselas de generoso, nos mal pagó una sortija de brillantes de mi mujer, que había heredado de su madre, y mi reloj de oro, regalo de bodas.

Di un pretexto a mi compañero para salir un día después y nos despedimos del cónsul y su señora. Como esperaba, todo parecía haber cambiado y el cónsul, cumpliendo con lo que creía era su deber, se mostró optimista y el matrimonio nos deseó suerte en Madrid.

Había comprendido que Ginebra no era ciudad apropiada para buscar una colocación; tenía el billete de ida y vuelta comprado en Cerbere y montamos en el tren, posponiendo la decisión definitiva para bajar en cualquier ciudad de Francia, respondiendo a la corazonada que recibiera sobre las posibilidades que podrían abrirseme. Así soy yo, el hombre que muchas veces para tomar una decisión espera que algo venga, no sé de dónde, para empujarme por un camino determinado. Fueron pasando las estaciones sin decidir nada y, viendo que el trayecto casi se agotaba, nos bajamos en Narbona. ¿Por qué? No lo sé. Cuando salíamos por la puerta oí que anunciaban una fonda llamada Española, y la repetición de este nombre me pareció de buen agüero. Nos metimos en una tartana que nos condujo a la fonda, donde nos disponíamos a empezar desayunando. Nos recibió la dueña, mujer de unos sesenta años, pintarrajeada, calzada en chanclas y cubierta con una bata llena de manchas; la seguía un gato negro y ante una mesa nos presentaron unas tazas desportilladas, donde nos sirvieron café con leche y unos panecillos. Nos miramos con una decisión unánime e inequívoca. Allí no podíamos continuar de ninguna manera. Pagamos, tuvimos la suerte de coger la misma tarta-

na que había quedado cerca de la fonda y volvimos a la estación a esperar el tren próximo, que nos llevó hasta Perpiñán. Allí nos detuvimos y nos alojamos en el hotel Término (creo que éste era el nombre). No era ninguna gran cosa, pero era limpio y, recordando la fonda de Narbona, nos pareció un hotel de lujo. Al día siguiente, a requerimiento del dueño del hotel, hube de presentarme en la Prefectura de Policía, donde examinaron mi pasaporte y pidieron volviera cada tres días. Eran las reglas a que sometían a todos los españoles, según me explicaron por estar Perpiñán próximo a la frontera.

Me dediqué durante unos días a buscar trabajo en casas de reparación de aparatos de radio y a leer los anuncios de un periódico local por si encontraba alguna oferta de empleo, no sabía cuál, pero a la que yo pudiera concurrir.

Se iban pasando los días y terminando el dinero; la situación no podía ser más angustiosa: carecíamos ya de fondos suficientes para pagar los días de hotel que debíamos. Sentía mi fracaso como una losa que me aplastaba, porque una cosa estaba clara: era incapaz de sacar adelante a mi familia.

Mi pensamiento saltaba de una idea a otra, a cuál más descabellada, cuando, no sé por qué, vino a mi memoria la última conversación que tuve con el ministro de Comunicaciones en Madrid. «Sé —me dijo— que su primo Baltasar, en los primeros momentos del alzamiento militar, pudo pasar en coche a Portugal; no sé dónde se encuentra, pero estoy seguro de que pasó la frontera.» El recuerdo de esta conversación me hizo forjar con toda rapidez una teoría. Mi primo estaba en Portugal, pero ignoraba en qué ciudad ni en qué hotel de la nación vecina, ¿cómo dirigirme a él para pedirle una ayuda económica? Aquí precisamente empecé a teorizar. Parece lógico —me decía— que, al encontrarse Baltasar en Portugal, habrá tratado de ponerse en contacto con algún país donde tenga amigos y donde disponga de recursos financieros. Yo sabía que sus negocios en México desde hacía años estaban prácticamente liquidados; pero era indudable que, habiendo vivido tantos años en aquel país americano ocupando una posición relevante, tenía que conser-

var importantes relaciones y acaso todavía algunos intereses. ¿Qué más lógico que al llegar a Portugal se pusiera inmediatamente en contacto con alguien de México y que ese alguien comentara entre sus amigos o acaso, con los restos de la organización que quizá conservaba mi primo en aquel país, la nueva situación de Baltasar? Sí, sí, todo esto era muy lógico; ¿pero quiénes eran esos supuestos amigos o empleados de mi primo en México? ¿Cómo dirigirme a ellos para que ellos a su vez transmitieran mi mensaje a mi primo?

En mis cavilaciones verdaderamente febriles, me vino a la memoria una frase que yo pronuncié cuando tenía quince años, en el Hotel Regina de Madrid: «¡Qué presuntuoso es mi primo!», esta exclamación respondía al hecho de que cuando le preguntaba por su dirección en México, él solía responder: «Baltasar Márquez, México». Así, México y nada más.

¿Sería verdad que era tan conocido? Pero hacía más de diez años que mi primo faltaba de México; ¿cómo iba a llegar un telegrama a cualquier amigo suyo dirigiéndome a Baltasar Márquez, México? Todo era aparentemente absurdo, pero constituía la única ligerísima esperanza dentro de aquel panorama lleno de oscuridad. Algo había que hacer y fui a Telégrafos redacté un telegrama que decía: «Baltasar Márquez, México. Estoy hotel Término de Perpiñán urgente conocer tu dirección», y mi firma. «¿Cuánto cuesta este telegrama?», pregunté al funcionario de ventanilla. «Ochenta y cinco francos», fue la respuesta. Salí y consulté con mi mujer, teníamos sólo 89 francos y el telegrama costaba 85, de todos modos no tenemos para pagar el hotel; «creo que debemos correr el albur y poner el telegrama, ¿qué te parece?». «Haz lo que te parezca mejor», fue su respuesta; y volví a la ventanilla y expedí el telegrama.

Volvimos al hotel con la sensación de haber tirado estúpidamente 85 francos. Pasó aquel día y el siguiente envueltos en un silencio desesperante. Nos acostamos ya sin ninguna esperanza y logramos conciliar el sueño. Sería la una de la madrugada cuando desperté sobresaltado al oír fuertes golpes en la puerta de nuestro cuarto. Era el dueño del hotel que me anunciaba un telegrama. Abrí la

puerta y leí con ansiedad: «Hotel Inglaterra, Lisboa, Baltasar». Sólo eso, pero era suficiente. Todos los razonamientos habían funcionado y habíamos acertado el pleno.

Le escribí a mi primo relatándole mi situación y, casi a vuelta de correo, recibimos su carta, en la que, pintándose su situación con tintes pesimistas, me enviaba un cheque por 2.000 francos. Estábamos tan apurados que llegamos a creer que 2.000 francos nos lo resolvían todo. Pasado el primer día de gran euforia, y al leer un periódico de Toulouse, «La Dépêche», que por sus anuncios revelaba una ciudad más prometedora, decidimos trasladarnos a la populosa vieja y sucia ciudad del Garona.

Desde luego, Toulouse era una gran ciudad, aunque con un alcantarillado de hacía dos siglos, un mercado vociferante en una gran plaza en las cercanías del Ayuntamiento y numerosas casas, en las que ratones y aun ratas campaban por sus respetos. Hablo, naturalmente, de las casas que conocí, que fueron las de otros refugiados españoles, y la mía, en la Rue Gambeta, donde tuvimos la suerte de alquilar una sola, pero grande, habitación, que con una especie de biombo, dividíamos para que, en parte, durmiera mi cuñada con dos chicos, y en la otra, el matrimonio con el pequeño. Durante el día, la habitación servía de comedor y de cocina, disponiéndose de un water instalado junto al descanso de la escalera.

Aquella habitación nos la había alquilado un matrimonio que tenía en la planta baja un comercio de ultramarinos, y la mujer, natural de Lérida, fue de una simpatía y bondad extraordinaria que no podremos agradecerle nunca bastante. Todo eran atenciones con nosotros, y a poco le estuve dando lecciones a un sobrino del marido, y con este pretexto no nos cobraron nada por la habitación.

Hablar de mis gestiones para encontrar trabajo llevaría demasiadas páginas. Sólo quiero consignar lo mucho que me enternecieron las palabras de mi hijo Manolito cuando regresé de una demanda de colocación infructuosa: claro, papá, no te toman porque no te conocen y no imaginan lo que tú tabes. Mi hijo estaba toda-

vía en la edad de sentir orgullo por su padre y me consolaba y se consolaba.

Una cosa que ignoraba mi hijo es que en mi pasaporte las autoridades francesas habían puesto un sello que decía: «No puede ocupar empleo».

Por consejo de los dueños de la tienda de la calle Gambeta, me presenté en la Alcaldía al concejal encargado de los servicios eléctricos, y éste, porque le dije que pertenecía al partido socialista español, me proporcionó un trabajo eventual que, con alternativas de paro, desempeñé durante varios meses.

En la planta baja del Ayuntamiento había un local en el que un jefe y varios obreros y empleados tenían a su cargo la inspección y mantenimiento del alumbrado público de la ciudad. El jefe no es que fuera mala persona, pero observé con sorpresa que, en el país de la igualdad y la fraternidad, trataba a todos de un modo tan grosero que jamás se hubiera permitido en España. No eran sus modales tampoco muy delicados con mi persona, hasta que un día se presentó su hijo con un libro de matemáticas en la mano, citado para salir junto con el padre, y éste, presumiendo, me dijo: «Fíjese lo que le exigen en la Escuela Superior». No me explicó de qué Escuela Superior se trataba; pero hojeé el libro, le hice varias preguntas encaminadas, con mala intención, a demostrar su ignorancia y mis conocimientos, y aquel hombre cambió por completo. No sólo me mandaba con educación, sino que me pidió le diera unas clases a su hijo, lo que por mi conveniencia hice siempre que hubo oportunidad.

Reconozco que sufrí con aquel trabajo que acepté por pura necesidad. Cuando teníamos que desplazarnos, era yo el que cargaba con unas escaleras; pero el motivo de mis verdaderas angustias lo constituía el trepar por unas escaleras altísimas en la misma plaza para cambiar una lámpara. Siempre fui muy propenso al vértigo, y en cuanto subía diez o doce peldaños empezaba a sufrir un intenso mareo y a decirme: «Ahora me caigo, ahora me mato». Pero había que seguir, tenía que ganar a la semana un puñado de francos para la familia, y además y muy importante, no quería que aquellos franceses

notaran que tenía miedo. Haciendo de tripas corazón, a alturas para mí inconcebibles, hacía mi trabajo, y al llegar al suelo no dejaba de lanzar un suspiro de alivio. Casi todos los franceses, durante nuestra estancia en la República vecina, se portaron muy bien con nosotros, pero aquellos obreros constituyeron una excepción. Les había dicho que era ingeniero, y para ellos parecía constituir una satisfacción reservarme los trabajos más duros.

Creo que fue el 8 de noviembre cuando, en grandes titulares, los periódicos que veía en los quioscos anunciaban la entrada de las fuerzas nacionalistas en Madrid. El periódico, órgano del partido socialista, decía: «Parece que los moros han entrado en Madrid». La noticia la recibimos con gran satisfacción, pues creíamos que la guerra acababa y que mis cuñados recobrarían la libertad. Me pasaba la tarde en la Redacción de «La Depeche», en cuyo «hall» iban apareciendo continuos despachos sobre los incidentes de la lucha en la Ciudad Universitaria, Moncloa e incluso Rosales. A medida que las horas iban transcurriendo, todo aparecía más confuso, y en los días siguientes fue poco a poco desvaneciéndose nuestro optimismo.

Un señor catalán de buena posición económica y que vivía refugiado en Toulouse, oía por las noches al general Queipo de Llano y era el que me transmitía las noticias más optimistas respecto al final de la guerra, que todos esperábamos con verdadera ansiedad. Como no hay ilusión que resista el paso del tiempo, nuestra expresión de optimismo fue apagándose y volvimos a la rutina de nuestra vida, que, como se comprenderá, tenía muy poco de agradable.

Los hombres del Ayuntamiento que me habían favorecido, me informaron de que no podían seguir ofreciéndome trabajo, y que las autoridades francesas habían decidido subvencionar modestamente a todos los refugiados que se instalaran en Montauban. A esta ciudad se dirigieron varios de los refugiados españoles que conocía, y un buen día, como yo tomaba mis decisiones, dije una mañana a mi mujer y mi cuñada de repente: preparad todo, que a las dos de la tarde salimos en tren para Montauban. Dijeron que era imposible prepararse tan

rápidamente, pero salimos, y dos horas después estábamos buscando alojamiento en nuestra nueva residencia.

Al principio de la Route de Paris encontramos un alojamiento bastante agradable. Por un precio módico disponíamos de dos habitaciones, cocina y salida a un jardín-huerta donde mis hijos podían jugar con unos negritos que vivían en el piso segundo, pues el principal lo ocupaba la dueña, señora muy anciana que me daba periódicos atrasados y que, según ella, hacía sacrificios por Nuestro Señor tomando café podrido.

Nos visitó una monja francesa, que, por cierto, la veo citada en el libro «Azaña», llamada la hermana Ignacia, religiosa extraordinaria, de un dinamismo y una bondad difíciles de superar. A través de ella me puse en contacto con la directora del Liceo femenino, que me proporcionó unas clases de Lengua y Literatura Española en su centro de enseñanza y, al mismo tiempo, consiguió para mí unas clases particulares de Matemáticas y Física. Tuve la suerte de que el hijo del notario Bousquet, persona relevante de Montauban, aprobó conmigo el «bachot», especie de examen de Estado, y me dio fama de buen profesor, con lo que mi clientela fue aumentando. Ahora bien, como las clases eran muy espaciadas, sólo se hacían frecuentes al aproximarse junio, puede decirse que contaba fundamentalmente con el Liceo femenino y la pequeña subvención del Gobierno francés, que sólo duró unos cuantos meses.

Me pusieron también en relación con el profesor de español del Liceo de muchachos, que me prometió buscarme muchas clases, pero que nunca cumplía su promesa. Era socialista furibundo, y como de cuando en cuando me preguntaba por qué no me reintegraba a la España republicana, sospecho que no acababa de resultarle demasiado simpático.

Una noche se presentó en mi casa el referido profesor, muy apurado, pidiéndome que fuera a la suya, pues la tenía llena de invitados para escuchar un discurso de León Blum que transmitían por radio, y un receptor magnífico que acababa de recibir de París no funcionaba ni podían hacer que funcionara unos técnicos que había buscado.

Aquel hombre, por lo visto, no tenía idea de la misión de un ingeniero, y creía que yo estaba más capacitado que un técnico práctico para arreglar aparatos de radio, aun sin aparatos de medida, ni herramienta alguna. Traté de disculparme, pero se puso tan pesado y como no me interesaba disgustarle, le acompañé con aire de víctima aun a riesgo de quedar en ridículo ante aquel hombre y todos sus invitados.

Por el camino me hice las siguientes reflexiones: el aparato es nuevo, los técnicos no encuentran la avería, debe, por tanto, ser lo más lógico que todo consista en una tontería. ¡Señores, llegué, vi y vencí! Nunca tuve un éxito tan resonante y por razones tan simples. Miré el contador eléctrico, que era de 120 voltios. Sabía que los aparatos se suministran con la clavijita puesta para el máximo voltaje a fin de protegerlos; miré por detrás y, ¡oh suertel!, la clavija estaba en posición de 240 voltios, la moví, la puse en 120 y empezó a oírse la voz de León Blun. Fue aquello tan repentino que no pudieron por menos de aplaudir. Después tuve el gusto de rechazar despectivamente a aquel cretino profesor, la propina de 20 francos con que quiso pagarme. Me volví riendo a mi casa y no volví a tratar a aquel «rumboso» socialista que ya me estaba cargando.

Mi cuñada consiguió dar clases de dibujo en el Colegio Santa Juana de Arco, donde consintieron que asistiera Manolito con los párvulos. Los dos comían en el centro de enseñanza y mi cuñada recibía unos francos todas las semanas.

Como puede apreciarse, podíamos al fin llevar una vida modesta pero tranquila. Yo servía de enlace entre mis padres, pues Málaga ya estaba en el sector nacionalista, y mi hermano, que estaba de registrador en un pueblo de Almería. Hicimos muchísimas gestiones a través de la Cruz Roja Internacional para saber de mis cuñados, y un día tuvimos la alegría de recibir una nota de mi cuñada en la que daba a entender que había buenas noticias de su marido. Ignoraba la pobre e ignorábamos todos que fue fusilado el 7 de noviembre de 1936.

¡Qué alegría experimentaba Manolito cuando, al subir conmigo al piso principal donde estaba el buzón en que

el cartero depositaba la correspondencia, se encontraba un sobre dirigido a él por mi padre, con un periodiquito llamado «Flechas y Pelayos».

Como éramos jóvenes, éramos egoístas, y aun sintiendo toda la tragedia de nuestro país, que seguíamos día a día, puede decirse que nuestra vida llegó a estar impregnada de cierta felicidad.

Una nube cada vez más amenazadora se cernía sobre nuestro horizonte: la situación internacional que Hitler con sus anexiones y sus amenazas iba cada vez haciéndose más crítica y peligrosa.

El partido comunista francés fijaba pasquines con los que describía la potencia militar rusa, poniendo énfasis en la seguridad que significaba para las potencias democráticas.

¡Quién iba a decir que Rusia firmaría el pacto de no agresión con Alemania y que cuando estalló la guerra el jefe de los comunistas franceses huiría a Rusia a través de Alemania para, desde la patria del proletariado, tratar de desmoralizar a los soldados franceses! Más indignante todavía resulta que ese gran patriota, «el general De Gaulle», al formar Gobierno tras la liberación de Francia, consintiera que se nombrara vicepresidente a aquel desertor y traidor Thorez. Al fin y al cabo no debe extrañarnos, porque la verdad es que ese gran hombre, tan glorificado, traicionó a todos, incluidos a los que le llevaron a la presidencia de la República. Se dirá que trabajó por la grandeza de Francia, pero ¿se está seguro de que también trabajó por la grandeza y los ideales del mundo occidental? La historia se repite: Richelieu luchó por la grandeza de Francia, ¿pero lo hizo por los valores espirituales que entonces dominaban Europa?

Optimismo y pesimismo alternaban entre los franceses hasta que saltó a la escena con toda acritud el problema de los sudetes. No había presenciado nunca el ambiente de un pueblo en víspera de guerra y quedé impresionadísimo y compadecido viendo cómo todos se apartaban de los receptores de radio encendidos permanentemente para buscar en los vecinos, en los amigos y aun en cualquier desconocido de la calle una opinión, una noticia inesperada que pudiera significar un destee-

llo de esperanza. «¡No se atreverán!», «¡La cosa no tiene remedio!», «¡Debimos pararles los pies antes!», «¡Dios mío, mis dos hijos, creo que ya está preparado el bando de movilización...!». Así se escuchaban frases, que eran impacto que no tenían continuidad, que no integraban ni una conversación ni un razonamiento completo, porque todo era explosivo en aquella buena gente, que salía y entraba para volver a escuchar los aparatos de radio. En el edificio de «La Depeche» se formaban largas colas esperando la salida del periódico, que en unos minutos era literalmente arrebatado de las manos de los vendedores. En ningún momento noté ni signos de bravuconería ni manifestaciones de exaltación patriótica; todo era una mezcla de ansiedad y resignación ante lo inevitable.

Antes que llegara esta situación explosiva me estuve informando a través de la directora del Liceo y del notario Bousquet de cuál sería nuestra situación en el caso de estallar la guerra. Lo más probable es que pasáramos a un campo de concentración, pues no cabía duda de que la España de Franco entraría a luchar al lado de los alemanes. Yo también lo creía así y me puse en comunicación con mi primo, que vivía ahora en San Sebastián, para que se informara a través de mi antiguo jefe, Virgilio Oñate, de mis posibilidades de pasar a España, donde podría trabajar en la fábrica que Standard tenía en Santander, ya liberada. La única dificultad surgió en el antiguo director de mi Escuela, que dijo textualmente: «Se portó muy bien conmigo y reconozco que es un hombre honrado, pero si viene a España, haré porque lo metan en la cárcel». Oñate opinaba que eran bravatas y aconsejaba, dentro de los riesgos inevitables, que entrara en España. Respecto a mi trabajo, no existía inconveniente alguno.

Estuve esperando hasta última hora; vi ya pasar trenes llenos de soldados en dirección a París. Llamaban ya a los especialistas y una noche al volver de «La Depeche» donde se respiraba un clima de guerra, llegué a casa con los billetes de tren hasta San Juan de Luz y encargando lo arreglaran todo para salir a la mañana siguiente.

Fue una noche agitadísima, en que sobre todo ni mi mujer ni mi cuñada pudieron prácticamente dormir.

Nos habíamos despedido de todos los vecinos conocidos y de los que nos brindaron tanta ayuda y simpatía, saliendo a la siguiente mañana con la impresión de que nuestra vida se iba convirtiendo en una repetida huida de pueblos en lucha o amenazados por el azote de la guerra.

¿Qué opinión tenían en Francia de los contendientes españoles? En realidad salvo excepciones a que me referiré, en Montauban se consideraba más la condición de refugiados que la de contendientes. El pueblo veía en nosotros unos extranjeros, parte de los cuales se alojaban en barracones, y todos durante algún tiempo recibíamos un subsidio indiscriminado por parte del gobierno francés. Eramos todos una carga y, sin expresar manifiesta hostilidad —los franceses son muy hospitalarios—, el sentimiento que más se percibía era el de que todo terminase cuanto antes y podernos perder de vista sin demasiados remordimientos de conciencia. Entre los refugiados había bullidores, escandalosos y gente tranquila y muy tratable en la que figuraban los catalanes. Estos formaban un grupo casi compacto y a veces nos molestaba comprobar que se alegraban cada vez que la aviación nacional bombardeaba Madrid. Venían de las oficinas de «La Dépêche» diciendo con cara alborozada: «Este parece que ha sido un bombardeo serio». Pude comprobar que no existía en ellos ningún sentimiento malévolos para con la capital de España; simplemente deseaban que terminara la guerra por cualquier procedimiento.

—Sí, sí... ¿pero hubiera sido su reacción la misma si el bombardeo hubiera sido en Barcelona? —decían mi mujer y mi cuñada.

Entre los franceses de clase media que trataba no existía ninguna simpatía por los nacionales, pero se escandalizaban e indignaban, adoptando posturas de pueblo superior, ante los actos reprobables cometidos en la retaguardia republicana. Todos estos vecinos a que me refiero eran pequeños propietarios de un ideario político que podríamos calificar de centrista.

Los de izquierda que conocí, incluyendo al catedrático del instituto y al grupo de los servicios eléctricos de Toulouse, eran todos fanáticos republicanos.

Ni que decir tiene que en las manifestaciones de masas siempre figuraban banderas republicanas españolas.

Encontré, no obstante, entre el grupo izquierdista, algunos intelectuales en los que, según ellos, habían hecho mucha mella unas declaraciones de Marañón sobre el caso de la España republicana. «Nadie —me decía— ha hecho tanto daño en Francia a la causa de la República española como el doctor Marañón.»

Tratábamos también un reducido grupo de derechas, formado por señores de origen aristocrático y por varios miembros del clero que eran todos verdaderos apasionados de la causa nacional. ¡Cuidado!, en el clero se operó una tremenda evolución después de la caída de Bilbao. Empezaron a llegar vascos en gran número y los sacerdotes vieron con sorpresa que llenaban las iglesias, pedían la confesión con frecuencia, parecían todos gente piadosa y al mismo tiempo... abominaban de Franco. Noté la insensible evolución y al final podría decirse que toda la iglesia del mediodía francés había dejado de tener simpatías por los nacionales.

En relación con los vascos, no puedo por menos que relatar una anécdota que no dejó de indignarme. Cerca de mi casa vivía un vasco anciano, con un hijo joven, y un día me dijeron los vecinos franceses que se había muerto el padre y procedido a su entierro. Al día siguiente me encontré con el hijo a quien no conocía y me creí obligado a presentarme de esta manera.

—No tengo el gusto de conocerle, pero sé que murió su padre y creo que tratándose de españoles que estamos fuera de nuestra patria he de expresarle a usted mi simpatía y la expresión de mi pésame más sentido.

Se me quedó mirando muy serio y me respondió literalmente:

—Está usted equivocado; yo no soy español.

Aquel joven no vivía la muerte de su padre, no guar-

dó ningún respeto hacia una simpatía que espontáneamente se expresaba por su desgracia; prefirió, contra la más elemental cortesía, refugiarse en su mundo de rencores y reflejar en su mirada y sus palabras cortantes todo el odio que llevaba dentro. Mi respuesta sólo pudo ser ésta:

—Usted perdone, por lo visto me había equivocado.

En San Juan de Luz existía una oficina representación oficiosa del Gobierno de Franco; preguntamos por ella a los transeúntes que nos informaron de mala gana, notando en sus gestos y sus miradas que ya nos consideraban como enemigos.

Fui sometido en la oficina a un minucioso interrogatorio que terminó facilitándonos un salvaconducto para pasar la frontera. En el salvaconducto iba escrita una letra cuyo significado desconocía y que según me dijo mi primo estando ya en España, nos señalaba como dudosos.

Pasamos la frontera con la natural emoción por pisar de nuevo tierra española y nos llevaron a Fuenterrabía donde en una especie de hotel-oficina militar, pasamos las noches después de sufrir otro interrogatorio y tomar nuestras huellas dactilares. Teníamos que esperar la llegada de un aval que al día siguiente traería Baltasar. El aval venía firmado por mi querido antiguo maestro Esteban que era entonces Alcalde de mi pueblo.

Llegado mi primo a las once de la mañana, pudimos abandonar Fuenterrabía y marchar a San Sebastián, alojándonos en el hotel Comercio, donde habíamos de pasar varios días. Fueron éstos para todos, y de modo muy acusado para mi pariente, de una terrible tensión esperando la reunión en Munich de Daladier, Chamberlain, Hitler y Mussolini. Baltasar era muy pesimista, creía que la guerra estallaba de un momento a otro y que, inevitablemente, España se vería envuelta en ella. En esta guerra, aparte de otros desastrosos efectos, creía iba a contemplar la desaparición de cuanto, en tantos años de trabajo en México, había conseguido.

El día y el momento crucial sintonizamos, en su aparato de radio París, y todos a mi alrededor escucharon con ansiedad la traducción que hacía de la información radiofónica.

El pueblo de París estallaba de júbilo y con ramos de flores recibían a Daladier, después de que los cuatro de Munich habían conseguido un acuerdo. No habría guerra por el momento, y era tanta la sed de paz en Francia que no reparaban en la claudicación que el acuerdo había representado para las naciones democráticas. Para nosotros era al menos la paz mientras duraba nuestra guerra y, por lo tanto, un inmenso respiro.

Hube de presentarme en la Jefatura Provincial de Falange de San Sebastián donde fui sometido a otro interrogatorio y ya nos preparamos para marchar a Santander. Nos despedimos de la capital donostiarra disfrutando en la Concha de una mañana de playa, donde tuvimos un encuentro bastante desagradable.

En Montauban habíamos conocido a un simpático matrimonio de acomodados labradores con un hijo de veinte años. Un día decidieron entrar en la España nacional y allí cerca de la playa volvimos a encontrarlos con un aspecto envejecido y triste que nos dejó impresionados. El hijo se hizo alférez provisional y murió en el primer combate. El padre sufría las recriminaciones de la madre que le acusaba de haber estimulado la vuelta a España por miedo a que ocuparan sus tierras, al saber que se encontraba en el extranjero con un muchacho en la edad militar. ¡Tú, tú le empujastes por tu avaricia! ¡Era mi hijo, era mi hijo! No le importaba nuestra presencia ni las protestas del marido, aquella madre sólo era una madre!

Me cité en Santander con mi familia la mañana que salíamos de San Sebastián, ya que yo estaba obligado a presentarme en la Dirección General de Telecomunicación establecida en Valladolid. Nuevos interrogatorios y nuevas declaraciones, hasta que por fin me reuní con los míos a fines de septiembre de 1938 en una fonda de la calle de la Blanca que, creo desapareció en el voraz incendio que años después se declaró en la capital montañesa.

Los días que estuvimos en la fonda fueron sólo los necesarios hasta encontrar un apartamento modestamente amueblado en la calle Lope de Vega; una mesa, unas camas, unas sillas y un retrato del Papa Pío XI, que si-

guió colgado en el comedor aún después de haber fallecido.

La fábrica de cables de Standard está situada en Maliaño, a pocos kilómetros de la capital, y a donde nos desplazábamos en tren, que por lo general, tomábamos al mismo tiempo los empleados de mayor relieve, que no vivíamos en el mismo pueblo de Maliaño.

Coincidíamos a las mismas horas con otros de ocupaciones muy diferentes y con los que establecimos una relación que, a través de los días se iba revistiendo cada vez de mayor confianza. Como es natural, el tema principal era la guerra y aquel tren parecía una prolongación de la oficina donde todos presumían de falangistas hasta el máximo y contaban sus actuaciones durante la ocupación roja, revestidas siempre de heroísmo o con el marchamo del martirio o la persecución. Sólo recuerdo a un señor alto, siempre con impermeable que no hablaba de la guerra, sino de manera continua y plañidera de la falta de pastos que iba a terminar con el ganado. «Si sigue lloviendo tan poco habrá que matar el ganado», decía muy compungido. Y esto lo aseguraba cuando yo no me quitaba ni un momento los chanclos para protegerme de una lluvia que para mí rebotaba con fuerza por suelos y campos, atacándonos con furia por todas partes y sin esperanzas ya, de que aquellos montañeses que presumían de prever el tiempo, acertaran ni una sola vez cuando con gesto inteligente exclamaban: «¡mañana tendremos un buen día de sol, porque ha empezado el viento Sur».

El Director de la fábrica me acogió con correcta amabilidad, y en los compañeros de oficina noté una corrección con reservas. Una especie de puentecillo de madera unía el despacho del director con la oficina donde había unos cuantos despachos y una sala no grande donde me adjudicaron una de las mesas que utilizábamos unos cuantos, así como dos mecanógrafas. En aquella sala, la calefacción no era regulable y daba lugar a numerosas discusiones. Una de las mecanógrafas, solterona, que presumía de sangre azul y que exigía las mayores consideraciones del resto de los empleados, tenía siempre frío y no quería que se abriera ni una rendija para

de cuando en cuando obtener al menos una ventilación mínima. Su vecino, el bueno de Llamosas, se atrevía a protestar exclamando con frecuencia: ¡se me secan las tiroides! Usted no sabe lo que es eso, era la respuesta simpática de aquella señorita que, además de aristócrata presumía de instruida.

Las discusiones agrias entre Llamosas y María (éste era el nombre de la señorita) animaban la sala y realmente constituían para mí, un alivio de la monotonía y aburrimiento con que se deslizaba mi trabajo, que ni era el mío, ni lograba interesarme. ¡Llamosas! —requería con impertinencia aquella solterona—, póngame la máquina en aquella mesa que aquí no está bien nivelada. Señorita, yo no soy un mozo de cuerda. Lo que le pasa a usted es que no es un caballero. Al final, Llamosas se rendía, pero la trifulca continuaba o surgía con cualquier otro pretexto.

Estas discusiones me inspiraron un drama en verso y en tres despachos, que tuvo extraordinario éxito entre los empleados, con lo cual, la reserva con que fui acogido fue desapareciendo y sustituida por una sincera simpatía. En el drama aparecía Llamosas abofeteando a María por no poderla resistir y teniendo que acudir al despacho del jefe de personal para que éste instruyera un expediente disciplinario. Sólo recuerdo los versos con que María ante las recriminaciones del jefe a Llamosas, sorprendía a todos diciendo:

*No regañéis a Llamosas
Que con sus golpes certeros,
Me ha hecho ver los luceros,
Y otra vida más hermosa.*

Ya saben que los luceros eran palabras que flotaban en el ambiente falangista y yo consecuente con la situación, las utilizaba en mi drama.

Otro tipo un poco pintoresco era el encargado de contabilidad llamado Pérez, que para mí era el máximo exponente de todo lo sanchopancesco y ordinario que pueda imaginarse. Difícil era estar cerca de él sin recibir gotitas de saliva impregnadas de tabaco que despedía

al hablar y reír, mientras con los movimientos de una mano trataba de completar un gesto de suficiencia y un total desprecio por todo lo que no fuera la conquista de la peseta por los medios que fuera. Uno de sus estribillos al escuchar cualquier comentario con tufillo romántico o desinteresado era éste: «¿A mí? ¡Miguelín, cuánta!», acompañado con el espurreo de salivilla y tabaco.

A este hombre se le murió la suegra y me confesó, con todo cinismo, que había fingido durante meses estar separado de su mujer, maltratándola también de palabra para que en el testamento la mejoraran, al creer su madre que iba a ser una pobre desgraciada sin que el marido se ocupara de ella. «¿Qué le parece? ¡A mí! ¡Miguelín, cuánta, cuánta! Mis cuñados se han jodío y ya le he explicado a mi mujer cómo he tenido "pupila" y que contra ella no tenía nada.» A pesar de todo lo que me repugnaba, no podía negar que aquel tipo tan cínico conseguía divertirme.

Oiga —me preguntaba muy interesado—: el jefe de contabilidad de fábrica de Madrid creo que además de izquierdoso es catalán, ¿eh? Supongo que tendrá un buen sueldo, y cuando se libere Madrid, yo creo..., ¡vamos!, que si a mí me buscan un buen piso, creo que nadie me quita esa plaza, y yo no tendría inconveniente en salir de Santander.»

Yo había hecho verdadera amistad con el contramaestre general de fábrica, San Emeterio, magnífico muchacho, que desde el principio me recibió con sincera cordialidad. No sé por qué no estaba bien visto por los otros jefes y formaba algo así como rancho aparte. Por él sabía que algunos de ellos se estaban repartiendo los cargos importantes de Madrid. Repasaban todos los rumores que hasta ellos habían llegado, sobre las ideas políticas de los que en Madrid ostentaban aquellos cargos, y con un criterio de Torquemada a ninguno consideraban dignos de continuar en sus puestos.

Me vi sorprendido por el encargo que me hizo el Director, de dar unas conferencias sobre electrónica, a las que él asistiría en primer lugar. ¿Para qué ese interés en adquirir conocimientos de una técnica que sólo se aplicaba en la fábrica de Madrid?

Creo que gustaron mucho mis conferencias y el clima que me rodeaba en aquella oficina, fue tomando cada vez más, un matiz no sólo de cordialidad, sino hasta de respetuosa simpatía. Fue entonces cuando me confesaron haberse confabulado, al anuncio de mi llegada para hacerme el vacío.

Para mí, el Director, aunque no me prodigaba pruebas de confianza en los primeros días, debió influir en aquellos empleados para que se mostraran correctos conmigo. He de reconocer que nunca me hicieron el vacío que habían proyectado.

En Santander vivíamos pendientes de las noticias de la guerra, calculando unas veces con optimismo y otras con pesimismo la fecha del fin de las hostilidades, mientras nos veíamos rodeados de camisas azules y protestas del mayor derechismo por todas partes.

Cuando empezaron a tomarse las capitales de Cataluña, acudíamos a inmensas manifestaciones que, con banderas y vivas entusiastas se dirigían a la Jefatura del Movimiento. Desde un balcón de la Jefatura nos dirigían vibrantes discursos las autoridades entre las que figuraba el jefe de personal de Standard que era jefe de propaganda. Ni que decir tiene que la manifestación monstruo tuvo lugar al entrar las tropas nacionales en Barcelona.

A poco de caer Barcelona tuvimos en la oficina una novedad sorprendente. El jefe de contabilidad de fábrica de Madrid, al que Pérez quería reemplazar, se nos presentó con el encargo de inspeccionar todo el trabajo de contabilidad que hasta entonces y aislados de Madrid se había desarrollado. La orden partió del delegado de la I. T. T. que se ocupaba de los asuntos de la España Nacional y que era un simpatiquísimo francés llamado Baldi, que llevó a cabo su misión con la mayor habilidad y sentido humano.

¡Había que ver al amigo Pérez adulando indecentemente a aquel que había pensado reemplazar!

Según me decía mi amigo Costal, que era el contable aludido, los libros de contabilidad que llevaba Pérez estaban hechos un desastre y que el de «Miguelín, cuánta, cuánta» no tenía idea de lo que era «Debe» ni de lo que era «Haber». Tanto fue así que al terminar la guerra

se le dio a Pérez una indemnización y se le puso en la calle.

Llegó la hora del fin de la guerra, a la que precedió los momentos dramáticos que vivimos a través de la radio con las alocuciones de Besteiro y Casado.

Lo que fue una alegría desbordante para todos los compañeros de oficina, para mí se mezcló con una gran tristeza. Hablé por teléfono con Oñate y se desvanecieron las últimas esperanzas respecto a mi pobre cuñado. Su mujer hacía meses que había salido de la cárcel, pero su marido fue asesinado el siete de noviembre de 1936. Otra noticia de menos importancia, pero que también tenía su valor: de mi casa de Altamirano no nos quedó ni un colchón, ni una sábana, ni un pañuelo... Cuando fuéramos a Madrid sin un céntimo, teníamos que empezar de nuevo.

En Madrid se procedía a la depuración de los empleados de Standard y no se consideró oportuno que yo me presentara por el momento. Quedamos todavía, pues, en Santander durante dos meses, sin saber qué explicación dar para justificarme ante los compañeros.

Al fin quedé con Oñate en reunirme con mis padres, que estaban en Antequera, y después de quince días incorporarme a mi puesto de Madrid.

Ya se comprenderá la alegría inmensa que di a mis padres y hermanos que todos se reunieron en Antequera. Mis padres sólo habían conocido de muy pequeños a nuestros dos mayores, pero no al tercero que estaba graciosísimo y entusiasmó a la familia.

Fueron quince días de verdadera paz y del ansiado disfrute, después de cuatro años, del afecto e intimidad que tanto había añorado.

